

Literatura  Justicia

Un hombre muerto a puntapiés

Pablo Palacio



Pablo Palacio

Narrador, abogado, nació en Loja, Ecuador, en 1906 y murió en Guayaquil en 1946. Palacio resulta un innovador de la prosa de ficción ecuatoriana, el cuento y la novela urbanos. Humor y extrañezca parecen signar su rara y escasa obra: *Un hombre muerto a puntapiés* (cuentos, 1927), *Débora* (novela, 1927), y *Vida del ahorcado* (novela, 1932). La Casa de la Cultura Ecuatoriana publicó sus obras completas en 1964. Casa de las Américas de Cuba publicó una recopilación de textos sobre Palacio, en su serie Valoración Múltiple, en 1987. La crítica española María del Carmen Fernández publicó uno de los estudios más completos: *El realismo abierto* de Pablo Palacio, en 1991.

Íñigo Salvador Crespo

(Quito, 1960). Es Doctor en Jurisprudencia y Máster en Derecho Internacional. Fue diplomático de carrera. Es profesor principal en la Facultad de Jurisprudencia de la PUCE, donde además dirige el Centro de Investigaciones sobre Derecho Internacional, CIDI; ha publicado *Derecho Internacional Penal. Estudios en Perspectiva* (2004). y la novela *Miércoles Santo* (2013).

COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia



Pablo Palacio

Un Hombre muerto a puntapiés

Prólogo de
Íñigo Salvador

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

COLECCIÓN
Literatura  **Justicia**

Presidente del Consejo de la Judicatura

Gustavo Jalkh Röben

Vocales

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez

Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Consejo Editorial

Gustavo Jalkh Röben / Néstor Arbito Chica

Juan Chávez Pareja / Efraín Villacís

Directora de la Escuela de la Función Judicial

Patricia Herrmann Fernández

Director de la Colección

Efraín Villacís

Editor General

Antonio Correa

© Copy Herederos de Pablo Palacio

ISBN 978-9942-07-487-4

Diseño y Diagramación

Alejandra Zárate

Fotografía de portada

Carlos Naranjo

Revisión y corrección de textos

Susana Salvador

Gustavo Salazar

Imprenta Editogran

Escuela de la Función Judicial
Av. La Coruña N26 -92 y San Ignacio Edif. Austria,
3er piso / <http://escuela.funcionjudicial.gob.ec>
www.funcionjudicial.gob.ec

Este libro es una publicación sin fines de lucro y de distribución gratuita
Quito, Ecuador 2013

Contenido

<i>Prólogo</i> de Íñigo Salvador	9
Un hombre muerto a puntapiés	25
El antropófago	43
El cuento	57
¡Señora!	61
Vida del ahorcado	69
Primera mañana de mayo	71
2	80
Oración matinal	80
Hambre	81
¡Atención! Subasta pública	81
Perro perdido	82
5	83
Odio	83
10	84
Reencarnaciones	86
Grito familiar	87
Oración vespertina	88
30	88

Revolución	89
Hombre con pulgas	89
Junio 25	93
29	96
30	97
Elementos de la angustia	97
Agosto, Septiembre, Octubre	101
Románticas	101
14	116
30	117
Diálogo y ventana	122
Otro día	123
La rebelión del bosque	125
Amor: Universo	130
Viaje final	132
Mentirosa traición	136
Un hombre recapacita	138
Sueños	140
Canto a la esperanza	148
Orden, disciplina, moralidad	156
Audiencia	152
Ahorcado, señor intendente	172

PABLO PALACIO:
“un hombre que se interesa por
la justicia”

...¿Es usted pariente del señor Ramírez? Le doy el pésame... mi más sincero...

–No, señor –dije yo indignado–, ni siquiera le he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? “Soy un hombre que se interesa por la justicia”. ¡Cómo se atormentará el señor Comisario!

(Pablo Palacio, *Un hombre muerto a puntapiés*)

En los años universitarios, etapa de la vida durante la cual, al igual que la mayoría de los jóvenes ecuatorianos, llegué a compenetrarme íntimamente con la realidad de nuestro país, y, como manifestación de aquella realidad, con su literatura, pocas líneas de

un escritor nacional quedaron más grabadas en mi memoria que:

“¡Chaj!

con un gran espacio sabroso

¡Chaj!”.

Tengo para mí que ésta, la más famosa onomatopeya de las letras del Ecuador –que grafica en signos legibles el macabro crujido de dos patadas sobre la nariz fracturada del pederasta Ramírez– marcó en su hora dos hitos indelebles:

“¡Chaj!”, uno, el de la publicación en 1926 de *Un hombre muerto a puntapiés*, obra de un estudiante de Derecho llegado a la capital pocos años atrás, y,

“¡Chaj!”, otro, quizás entonces insospechado, el del nacimiento de la narrativa ecuatoriana moderna.

Intentemos abordar cada uno de esos importantes jalones por separado, aunque, como lo veremos al final, al igual que las patadas del cuento, el uno no viene sin el otro, aún mediando entre ellos “un gran espacio sabroso”.

Para cuando *Un hombre muerto a puntapiés* ve la luz, su autor, el lojano Pablo Palacio, nacido en 1906, había transitado ya muchos caminos del territorio de la poesía, el teatro y la narrativa. Es evidente que sus obras previas no tienen el vuelo lúcido y alucinado que

descubrimos expectantes en la obra de Palacio a partir de *Un hombre muerto a puntapiés*, pero la aparente ingenuidad que las caracteriza, vista más de cerca, parecería no ser sino una fachada tras la cual espera eclosionar el genio contenido del visionario lojano.

Su primera obra publicada data de 1920, cuando Palacio contaba apenas 14 años de edad¹. Se trata del poema mariano *Ojos negros*, que vio la luz en la revista del colegio Bernardo Valdivieso, de su nativa Loja. Luego vendrán el relato *El huerfanito* (1921), de evidente corte autobiográfico; *Amor y muerte* (1922); *El frío* (1923); *Los aldeanos* (1923); y *Rosita Elguero* (1924); todos publicados en Loja. Y en 1925, ya en Quito, a donde se había trasladado para iniciar sus estudios universitarios, ve la luz *Un nuevo caso de mariage en trois*.

Pero es el año de 1926 cuando Pablo Palacio irrumpe en la constelación de la narrativa ecuatoriana para permanecer fulgurante en ella hasta 1932, cuando publica su última obra puramente literaria. En aquel año admirable, Palacio escribe su novela *Ojeras de Virgen* –hasta hoy inédita en versión completa– y publica

¹ Los datos bio-bibliográficos sobre Pablo Palacio utilizados en este prólogo han sido tomados principalmente de: María del Carmen Fernández, "Estudio Introductorio", en Pablo Palacio, *Obras completas*, Libresa, Quito, 1997. También se ha consultado: Hernán Rodríguez Castelo, "Pablo Palacio y sus obras", en Pablo Palacio, *Obras escogidas*, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil-Quito, sin fecha, Colección Clásicos Ariel No. 8.

el relato *Gente de provincia*, la obra teatral *Comedia inmortal* y los nueve cuentos que, un año más tarde, conformarán el librito consagratorio *Un hombre muerto a puntapiés*², publicado en la imprenta de la Universidad Central.

¿Qué hace de 1926 un año tan singular en la vida de Pablo Palacio?

Recordemos que en 1923 Palacio llega a Quito con la intención anunciada de estudiar Medicina. Pero, más que una profesión, lo que Palacio busca es apartarse del ambiente parroquiano de su Loja natal. Salir a la capital representa para él exponerse a los elementos, alejarse de la calma chicha para afrontar los temporales de la cultura, la ciencia, las letras, la política.

El hecho es que en 1924 Pablo Palacio se matricula no en Medicina sino en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central; al año siguiente sería testigo de la Revolución Juliana y uno más tarde de la Fundación del Partido Socialista, al cual se afilia.

Parecería acertado postular que en los tres años desde que llegó a Quito, el oficio de narrador de Pablo Palacio, manifestado incipientemente en años anteriores, fue gestándose —como masa de pan que leudara en

2 Ellos son: *Un hombre muerto a puntapiés*, *El antropófago*, *Brujerías*, *Las mujeres miran las estrellas*, *Luz lateral*, *La doble y única mujer*, *El cuento*, *¡Señora!* y *Relato de la muy sensible desgracia acaecida en la persona del joven Z*. Los cuatro resaltados con negrillas forman parte de esta edición.

un rincón oscuro— al calor de las discusiones académicas, las tertulias literarias, los debates políticos. Pablo Palacio ya no es el adolescente de 17 años que pisó por primera vez la capital; en 1926 encontramos a un joven de 20 años que sorprende por su madurez y su dominio del lenguaje narrativo, pero, sobre todo, por la mirada fría, cortante, con que traslada al lector una realidad traducida en clave de subyacente cinismo.

Y en ese proceso de maduración del escritor, no es arriesgado postular, a la luz del hecho de que buena parte de los cuentos recopilados en *Un hombre muerto a puntapiés* giran en torno a episodios con alguna relevancia jurídica, que su formación académica para convertirse en abogado desempeña un papel primordial. Más adelante, como lo veremos, ya exitoso en el libre ejercicio de la abogacía, Palacio retomaría esos episodios forenses en su obra, sobre todo en la surrealista audiencia final de *Vida del ahorcado*. (Releyendo este párrafo, es imposible dejar de resaltar, a manera de paréntesis, la facilidad de Palacio para dar a sus obras títulos inusitadamente sugestivos e impactantes, que constituyen abreviadas obras literarias en sí mismos).

En estas líneas introductorias intentaremos identificar en las obras de Palacio publicadas en esta edición de la Escuela de la Función Judicial del Consejo Nacional de la Judicatura ciertos rasgos de índole jurídica, pinceladas forenses podríamos llamarlos, que constituyen indicios evidentes de que su formación y

ejercicio profesionales incidieron marcadamente en su adelantada obra literaria.

El cuento *Un hombre muerto a puntapiés* es la obra emblemática de Pablo Palacio. De hecho, menciónese el nombre del escritor lojano y cualquier interlocutor medianamente informado responderá: un hombre muerto a puntapiés.

La historia tiene un inicio vanal: el narrador lee en la prensa la noticia de que un hombre ha sido muerto a patadas. El periódico deja caer, como si nada, el “dato accidental” de que el hombre era “vicioso”. A partir de ese detalle y de dos fotografías del occiso que le entrega el Comisario, el narrador inicia su indagación para conocer el móvil del homicidio.

La narración adopta el género policíaco —hasta con un evidente guiño a Conan Doyle en la pipa encendida para iniciar el proceso inductivo— y va descartando uno por uno los posibles vicios de la víctima que habrían provocado su muerte. A la postre, el narrador abandona todo método para llegar a la conclusión especulativa de que Octavio Ramírez había sido asesinado a patadas por el padre de un muchacho al que había tratado de seducir.

El magnífico estilo narrativo de Palacio nos transmite la angustia del homosexual agujoneado por sus instintos, y con ello nos permite vislumbrar la tragedia del hombre que la sociedad margina por temor a lo

diferente y prejuicio hacia lo desconocido. Pero al mismo tiempo, el autor lojano nos deja compartir el miedo del muchacho acosado por el pederasta y la rabia de su padre que castiga despiadado a Octavio Ramírez, reaccionando de la única forma que un trabajador quiteño conoce en esas circunstancias. El tinte jocoso con que se narra la historia no hace sino marcar el contraste con lo sórdido y trágico de la situación. Los recursos narrativos son fantásticos y el cúlmén de ellos es la ya mentada onomatopeya de los puntapiés, “espléndidos y maravillosos en el género”.

El cuento escrito por Pablo Palacio en 1926 nos sigue interpelando en 2013: ¿han cambiado sustancialmente las cosas en los últimos 87 años? A pesar de los avances que se han logrado en la integración a la sociedad de homosexuales, lesbianas y personas de otras orientaciones sexuales, ¿no seguimos mirándolos con el mismo temor y prejuicio que llevaron a Octavio Ramírez a su muerte salvaje? No obstante la destipificación de la homosexualidad en 1997, ¿no seguimos adoptando la actitud de jueces de 1926, cuando esa condición aún era un delito?

En *El antropófago*, como en todos sus cuentos, Palacio aborda medio en serio, medio en burla, pero siempre con desmesura, temas que ningún escritor se atrevería a tratar, por difíciles, sensibles, inapropiados. Como el título lo señala, en este caso Palacio aborda el tabú del canibalismo.

La escena primera de *El antropófago* sitúa a la narración principal dentro del mundo lacerante de la “rehabilitación social”, término que en 1927 era un contrasentido clamoroso, mucho más que ahora, cuando todavía la sociedad está en deuda con quienes no se atienen a las reglas que ésta les impone. El delincuente del cuento queda expuesto en su celda al escarnio de la multitud, que se agolpa a las afueras de la penitenciaría para observarle “asomando por entre las rejas, su cabeza grande y oscilante”, como si de un animal de circo se tratase.

Se le acusa de haber arrancado a dentelladas a su hijo la nariz, las orejas, una ceja y una mejilla, y a su mujer un seno, como resultado de una noche de alcohol con sus amigos, al cabo de la cual el antropófago regresa a casa invadido de un incontrolable deseo carnal, que se torna en feroz apetito. Los vecinos detienen el canibálico festín y vaticina Palacio: “¡Ahora se vengarán de él!”

El autor, al día en las teorías del Derecho Penal, denuncia en este cuento que la cárcel sigue siendo para el delincuente la venganza –en sentido literal la vindicta (vendetta) pública– de la sociedad contra sus miembros desadaptados, en lugar de ser la vía de reincorporación del delincuente a un lugar de provecho en la comunidad.

Los dos cuentos seleccionados restantes del libro *Un hombre muerto a puntapiés* no giran propiamente

en torno a temas particularmente forenses. Sin embargo, me ha parecido que la cortésima narración *El cuento*, so pretexto del desaire que recibe un pretendiente rechazado, aborda un problema al cual no escapan hoy en día, como no lo hicieron en tiempos de Palacio, ni los ciudadanos comunes ni los administradores de justicia. “Si esta mujer me raja la cabeza, ¿qué dirá la opinión pública?”, es la frase con la que Palacio concluye su narración. Ante la amenaza de una fractura craneal por parte de la mujer pretendida, la opinión pública le importa al sociólogo del cuento más que la propia lesión. Y en nuestros días, con el poder de influencia sobre la opinión pública que algunos medios de comunicación no dudan en ejercer, muchas veces algunos jueces se hacen la misma pregunta: “Si dicto sentencia en tal o cual sentido, ¿qué dirá la opinión pública?”.

¡Señora! es, en cambio, un cuento sobre la soledad femenina y la necesidad de aplacarla, en donde lo forense es apenas insinuado. A la salida del cine, una señora casada acusa a un joven de haberle sustraído unas joyas y lo amenaza con llevarle a la Policía. A la postre, el joven, que declara siempre su inocencia, debe escabullirse por una ventana del departamento de la acosadora. ¿Por qué la mujer invoca a la Policía para intentar seducir al incauto? ¿Por qué hace que el automóvil se detenga frente a la comisaría, para luego seguir su marcha? Palacio ilustra en este cuento una característica recurrente que es parte de nuestra sociedad, en la que se puede vislumbrar la

raíz de la corrupción, que como maleza todo lo cubre: la amenaza de recurso a la autoridad para obtener ventajas ilícitas o al menos inapropiadas, dando por hecho que aquélla caerá en el juego.

En 1927 Palacio publica el cuento *Novela guillotínada* (que de novela tiene solo el título); su primera novela de verdad: *Débora*; y el poema *Capricho pictórico representando a Laura Judith I* (cuya variación, *Capricho pictórico representando a Laura Vela*, ve la luz en 1928). Mil novecientos veintinueve es el año del relato *Una mujer y luego pollo frito* y del poema *As de corazones. Yo y mis recuerdos*. En 1930 ve la luz el relato *Sierra*.

Y, así como *Un hombre muerto a puntapiés* representó el ascenso del astro literario, la publicación en 1932 de la novela *Vida del ahorcado* (“novela subjetiva” la bautiza su autor, ya veremos por qué), representaría su ocaso. Nada puramente literario saldría de la pluma de Pablo Palacio a partir de entonces, sino solo ensayos filosóficos (recordemos que fue profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad Central).

Para entonces Palacio había obtenido sus títulos de Licenciado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en febrero de 1931 y el de Doctor en Jurisprudencia en noviembre del mismo año, con una tesis que trataría “Del pago en la letra de cambio” (publicada por la Universidad Central en 1943), y ya ejercía libremente la profesión de abogado.

Reseñar *Vida del ahorcado* es intento que ni siquiera voces más autorizadas que la mía se han atrevido a emprender; no seré yo quien trate de superarlas ahora, pues esta novela, por su estructura desarticulada, onírica, absurda, desafía cualquier esfuerzo de sistematización analítica. A eso probablemente se refería su autor cuando calificaba a la novela de “subjetiva”: la narración salta de uno a otro episodio inconexo en forma continuada, como cuando en lo más íntimo de nuestro cerebro se suceden las ideas, imágenes, recuerdos, anhelos, temores, si no les imponemos un hilo conductor, una cierta razón. Se ha querido identificar este modo desgarrador de narrar con el de autores como Kafka, Pirandello, Poe, Proust... y sin duda que Palacio bebió de esas fuentes. Sin embargo, pese a la nitidez del lenguaje y su superficial coherencia, la desestructuración de la narrativa en *Vida del ahorcado* lleva a sospechar que cuando la escribió, Palacio estaba quizás golpeando ya a la puerta de la dolencia psíquica en la que se sumiría pocos años más tarde y que terminaría por matarle.

Siguiendo con la línea conductora de tratar de identificar un sustrato forense en la narrativa de Pablo Palacio, *Vida del ahorcado* contiene la escena decididamente más relevante a nuestra tarea. Se trata del capítulo penúltimo, “Audiencia”, este sí de marcada resonancia kaffkiana. Con su experiencia de abogado recién graduado pero ya practicante, Palacio nos transmite el sentimiento de angustia e impotencia

de Andrés Farinango, el protagonista acusado de un filicidio –delito que en la novela solo consta en sueños–, que ve impedida su defensa y violados todos sus derechos. Una multitud alevosa que asiste a una especie de juicio popular de corte staliniano (¿o auto de fe inquisitorial?), un fiscal prepotente, un tribunal indolente, unos gendarmes brutales, un abogado defensor pusilánime..., todo se conjuga para conducir a Andrés al desenlace climáxico: su autoinculpación. La coincidencia de este sainete judicial con el proceso de Jesucristo ante Pilatos no es fortuita, pues Palacio sin duda busca remover en la conciencia del lector los mismos sentimientos de indignación ante la injusticia. Ante la pregunta del juzgador (el Presidente del Tribunal a Andrés Farinango: “Diga usted, acusado. ¿Quién es usted?”; Pilatos a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”), la respuesta de ambos, con palabras diferentes, es la misma. “Tú lo has dicho”, dice Jesús, sellando su suerte de manera irrevocable, pues admitir su linaje real equivalía a declararse reo del delito de sedición. “...¿Yo?... Pues bien, yo soy un ahorcado”, responde, en cambio, Andrés Farinango. El rugido de la multitud, separado por dos mil años (¿“un gran espacio sabroso”?), es idéntico. Andrés es condenado a la horca, cuando la pena de muerte no estaba tipificada; él mismo se ha puesto la soga al cuello.

En *Vida del ahorcado* Palacio nos ofrece otro destello con reflejos jurídicos que es, al mismo tiempo, me

parece, un improbable pronóstico visionario, aunque siempre en clave puramente literaria. En el capítulo “La rebelión del bosque”, las diferentes especies de árboles de la foresta protestan, cada cual con un motivo diferente de queja. Se pronuncia el “Coro de los altos pinos”, reclama el “Coro de los cipreses recortados”, protesta el “Coro de las musanetas estériles”, exige el “Coro de las magnolias mamoides”, demanda el “Coro de los cedros leprosos”, se queja el “Coro de los cerezos relamidos”... ¿No encuentra el lector en este pasaje una premonición de los derechos de la naturaleza contenidos en la Constitución de 2008?

Como hemos dicho, a partir de 1932 nada puramente literario saldría de la pluma de Palacio. Quizás las exigencias prosaicas del vivir cotidiano le alejaron de las letras: los diversos empleos públicos y el ejercicio profesional libre que le ocupan alternadamente, las empresas en que se embarca, la vida política y gremial, la cátedra universitaria, el periodismo, y, por último, el matrimonio y la llegada de los hijos. O quizás la sequía literaria fue uno de los primeros síntomas de su trastorno mental. Difícil saberlo.

El hecho es que en 1940 Palacio se encuentra ya sumido en la locura. Más tarde sería internado en una clínica psiquiátrica en Guayaquil, donde finalmente moriría el 7 de enero de 1947. Se ha intentado dar a la enfermedad psíquica de Pablo Palacio variadas explicaciones, pero la más probable es un accidente infantil en

que sufrió una espantosa fractura del cráneo

Lo cierto es que, vistos en perspectiva, los años de la producción literaria de Pablo Palacio, a pesar de sus precoces inicios, se reducen a apenas doce (1920–1932).

Doce años que fueron suficientes para que la literatura ecuatoriana despegara en alas de Palacio del realismo social encarnado por los De la Cuadras, Icazas, Pareja Diezcansecos o Gallegos Laras, única veta factible de explotación literaria en la época, y se elevara hacia los cielos del modernismo, acorde con las tendencias mundiales y latinoamericanas más avanzadas. Este es el segundo hito al que hacíamos referencia de inicio.

Palacio, socialista afiliado, no fue perdonado por sus coidearios del *establishment* literario de la época. No otro que Joaquín Gallegos Lara cuestionó la autenticidad de la vocación socialista de la obra de Palacio. Éste refutó la crítica con su habitual lógica, de agudeza escarpada: “Si la literatura es un fenómeno real, reflejo fiel de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas de un momento histórico, es preciso que en la obra literaria se refleje fielmente lo que es y no el concepto romántico o aspirativo del autor... Este último punto de vista [de expositor simplemente] es el que me corresponde: el descrédito de las realidades presentes, descrédito que Gallegos mismo encuentra a medias admirativo a medias repelente, por-

que esto es justamente lo que quería: invitar al asco de nuestra verdad actual³. Una vez más Palacio logra escandalizar a la ortodoxia.

Y, como hemos visto en este ensayo, esa visión repelente postulada por Palacio abarcó también a la realidad de la vida jurídica del país. En sus narraciones el escritor lojano revela el mundo lacerante de la aplicación de la ley en el Ecuador del primer tercio del siglo XX, sin idealizaciones ni estigmatizaciones, sin lecciones moralizantes ni constataciones complacientes; el mundo de las leyes tal cual él, testigo privilegiado, lo percibía. Y el panorama que él nos describe es la crítica más aguda de un sistema que, en su momento, consagraba la dominación de los fuertes sobre los débiles y que, aún ahora, afronta serias dificultades en sus intentos de transformación. El diagnóstico que hizo Pablo Palacio sigue plenamente vigente un siglo más tarde.

Literatura y justicia: un binomio de permanente presencia en la obra de Pablo Palacio. Literatura y justicia: una estrecha relación que genera una denuncia descarnada que no podemos entender solamente como literatura ni declararnos ajenos a ella, pues, al fin y al cabo, retomando la cita del epígrafe, como Pablo Pala-

3 Citado por Raúl Pérez Torres, "Prólogo", en Pablo Palacio, Obras completas. Centenario 1906–2006, Universidad Alfredo Perez Guerrero / Comité de Conmemoraciones Cívicas 2007, pág. 14.

cio, cada uno de nosotros, cada una de nosotras debe ser una persona que se interesa por la justicia.

Íñigo Salvador Crespo

Un hombre muerto a puntapiés

“¿Cómo echar al canasto los palpitanes acontecimientos callejeros?”.
“Esclarecer la verdad es acción moralizadora”.

El Comercio de Quito

“**A**noche, a las doce y media próximamente, el Celador de Policía No.451, que hacía el servicio de esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García, a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz, e interrogado que fue por el señor Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, sólo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez se negó rotundamente. Entonces, el

Pablo Palacio

primero, en cumplimiento de su deber, solicitó ayuda de uno de los *chaufferes* de la estación más cercana de autos y condujo al herido a la Policía, donde, a pesar de las atenciones del médico, doctor Ciro Benavides, falleció después de pocas horas.

“Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª ha practicado las diligencias convenientes; pero no ha logrado descubrirse nada acerca de los asesinos ni de la procedencia de Ramírez. Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.

“Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto se sepa a propósito de este misterioso hecho.”

No decía más la crónica roja del *Diario de la Tarde*.

Yo no sé en qué estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que reí a satisfacción. ¡Un hombre muerto a puntapiés! Era lo más gracioso, lo más hilarante de cuanto para mí podía suceder.

Esperé hasta el otro día en que hojeé

Un hombre muerto a puntapiés

anhelosamente el *Diario*, pero acerca de mi hombre no había una línea. Al siguiente tampoco. Creo que después de diez días nadie se acordaba de lo ocurrido entre Escobedo y García.

Pero a mí llegó a obsesionarme. Me perseguía por todas partes la frase hilarante: ¡Un hombre muerto a puntapiés! Y todas las letras danzaban ante mis ojos tan alegremente que resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de *por qué* se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula.

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan solo de investigar el *cómo* de las cosas; y entre mi primera idea, que era ésta, de reconstrucción, y la que averigua las razones que movieron a *unos individuos* a atacar a otro a puntapiés, más original y beneficiosa para la especie humana me pareció la segunda. Bueno, el *porqué* de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis

Pablo Palacio

investigaciones, además de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada. Con todo, entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa. –Esto es esencial, muy esencial.

La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es la del método. Esto lo saben al dedillo los estudiantes de la Universidad, los de los Normales, los de los Colegios y en general todos los que van para personas de provecho. Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon).

El primero, la deducción me pareció que no me interesaría. Me han dicho que la deducción es un modo de investigar que parte de lo más conocido a lo menos conocido. Buen método: lo confieso. Pero yo sabía muy poco del asunto y había que pasar la hoja.

La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más conocido... (¿Cómo es? No lo recuerdo bien... En fin, ¿quién es el que sabe de estas cosas?) Si he dicho bien, éste es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir. Induzca, joven.

Un hombre muerto a puntapiés

Ya resuelto, encendida la pipa y con la formidable arma de la inducción en la mano, me quedé irresoluto, sin saber qué hacer.

–Bueno, y ¿cómo aplico este método maravilloso? –me pregunté.

¡Lo que tiene no haber estudiado a fondo la lógica! Me iba a quedar ignorante en el famoso asunto de las calles Escobedo y García solo por la maldita ociosidad de los primeros años.

Desalentado, tomé el *Diario de la Tarde*, de fecha 13 de enero –no había apartado nunca de mi mesa el aciago *Diario*– y dando vigorosos chupetones a mi encendida y bien culotada pipa, volví a leer la crónica roja arriba copiada. Hube de fruncir el ceño como todo hombre de estudio –¡una honda línea en el entrecejo es señal inequívoca de atención!

Leyendo, leyendo, hubo un momento en que me quedé casi deslumbrado.

Especialmente el penúltimo párrafo, aquello de “Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª...” fue lo que más me maravilló. La frase última hizo brillar mis ojos: “Lo único que pudo saber-

Pablo Palacio

se, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso”. Y yo, por una fuerza secreta de intuición que Ud. no puede comprender, leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes.

Creo que fue una revelación de Astartea. El único punto que me importó desde entonces fue comprobar qué clase de *vicio* tenía el difunto Ramírez. Intuitivamente había descubierto que era... No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras...

Y lo que sabía intuitivamente era preciso lo verificara con razonamientos, y si era posible, con pruebas.

Para esto, me dirigí donde el señor Comisario de la 6ª quien podía darme los datos reveladores. La autoridad policial no había logrado aclarar nada. Casi no acierta a comprender lo que yo quería. Después de largas explicaciones me dijo, rascándose la frente:

—¡Ah!, sí... El asunto ése de un tal Ramírez... Mire que ya nos habíamos desalentado... ¡Estaba tan oscura la cosa! Pero, tome asiento; por qué no se sienta señor... Como Ud. tal vez sepa

Un hombre muerto a puntapiés

ya, lo trajeron a eso de la una y después de unas dos horas falleció... el pobre. Se le hizo tomar dos fotografías, por un caso... algún deudo... ¿Es Ud. pariente del señor Ramírez? Le doy el pésame... mi más sincero...

—No, señor —dije yo indignado—, ni siquiera le he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? “Soy un hombre que se interesa por la justicia.” ¡Cómo se atormentaría el señor Comisario! Para no cohibirle más, apresuréme:

—Ha dicho usted que tenía dos fotografías. Si pudiera verlas...

El digno funcionario tiró de un cajón de su escritorio y revolvió algunos papeles. Luego abrió otro y revolvió otros papeles. En un tercero, ya muy acalorado, encontró al fin.

Y se portó muy culto:

—Usted se interesa por el asunto. Llévelas nomás caballero... Eso sí, con cargo de devolución —me dijo, moviendo de arriba a abajo la

Pablo Palacio

cabeza al pronunciar las últimas palabras y enseñándome gozosamente sus dientes amarillos.

Agradecí infinitamente, guardándome las fotografías.

—Y dígame usted, señor Comisario, ¿no podría recordar alguna seña particular del difunto, algún dato que pudiera revelar algo?

—Una seña particular... un dato... No, no. Pues, era un hombre completamente vulgar. Así más o menos de mi estatura —el Comisario era un poco alto—; grueso y de carnes flojas. Pero una seña particular... no... al menos que yo recuerde...

Como el señor Comisario no sabía decirme más, salí, agradeciéndole de nuevo.

Me dirigí presuroso a mi casa; me encerré en el estudio; encendí mi pipa y saqué las fotografías, que con aquel dato del periódico eran preciosos documentos.

Estaba seguro de no poder conseguir otros y mi resolución fue trabajar con lo que la fortuna había puesto a mi alcance.

Un hombre muerto a puntapiés

Lo primero es estudiar al hombre, me dije. Y puse manos a la obra.

Miré y remiré las fotografías, una por una, haciendo de ellas un estudio completo. Las acercaba a mis ojos; las separaba, alargando la mano; procuraba descubrir sus misterios.

Hasta que al fin, tanto tenerlas ante mí, llegué a aprenderme de memoria el más escondido rasgo.

¡Esa protuberancia fuera de la frente; esa larga y extraña nariz que se parece tanto a un tapón de cristal que cubre la poma de agua de *mi* fonda, esos bigotes largos y caídos; esa barbilla en punta; ese cabello lacio y alborotado!

Cogí un papel, tracé las líneas que componen la cara del difunto Ramírez. Luego, cuando el dibujo estuvo concluido, noté que faltaba algo; que lo que tenía ante mis ojos no era él; que se me había ido un detalle complementario e indispensable... ¡Ya! Tomé de nuevo la pluma y completé el busto, un magnífico busto que de ser de yeso figuraría sin desentono en alguna Academia. Busto cuyo pecho tiene algo de mujer.

Pablo Palacio

Después... después me ensañé contra él. ¡Le puse una aureola! Aureola que se pega al cráneo con un clavito, así como en las iglesias se las pegan a las efigies de los santos.

¡Magnífica figura hacía el difunto Ramírez!

Mas, ¿a qué viene esto? Yo trataba... trataba de saber por qué lo mataron; sí, *por qué* lo mataron...

Entonces confeccioné las siguientes lógicas conclusiones:

El difunto Ramírez se llamaba Octavio Ramírez (un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera);

Octavio Ramírez tenía cuarenta y dos años;

Octavio Ramírez andaba escaso de dinero;

Octavio Ramírez iba mal vestido; y, por último, nuestro difunto era extranjero.

Con estos preciosos datos, quedaba reconstruida totalmente su personalidad.

Solo faltaba, pues, aquello del motivo que para mí iba teniendo cada vez más caracteres de evidencia. La intuición me lo revelaba todo.

Un hombre muerto a puntapiés

Lo único que tenía que hacer era, por un puntillo de honradez, descartar todas las demás *posibilidades*. Lo primero, lo declarado por él, la cuestión del cigarrillo, no se debía siquiera meditar. Es absolutamente absurdo que se victimase de manera tan infame a un individuo por una futilidad tal. Había mentido, había disfrazado la verdad; más aún, asesinado la verdad, y lo había dicho porque *lo otro* no quería, no podía decirlo.

¿Estaría beodo el difunto Ramírez? No, esto no puede ser, porque lo habrían advertido enseguida en la Policía y el dato del periódico habría sido terminante, como para no tener dudas o, si no constó por descuido del *repórter*, el señor Comisario me lo habría revelado, sin vacilación alguna.

¿Qué otro vicio podía tener el infeliz victimado? Porque de ser vicioso, lo fue; esto nadie podrá negármelo. Lo prueba su empecinamiento en no querer declarar las razones de la agresión. Cualquier otra causal podía ser expuesta sin sonrojo. Por ejemplo, ¿qué de vergonzoso tendrían estas confesiones:

Pablo Palacio

“Un individuo engañó a mi hija; lo encontré esta noche en la calle; me cegué de ira; le traté de canalla, me le lancé al cuello, y él, ayudado por *sus amigos*, me ha puesto en este estado” o

Mi mujer me traicionó con un hombre a quien traté de matar; pero él, más fuerte que yo, la emprendió a furiosos puntapiés contra mí” o

Tuve unos líos con una comadre y su marido, por vengarse, me atacó cobardemente con *sus amigos*”?

Si algo de esto hubiera dicho a nadie extrañaría el suceso.

También era muy fácil declarar:

“Tuvimos una reyerta.”

Pero estoy perdiendo el tiempo, que estas hipótesis las tengo por insostenibles: en los dos primeros casos, hubieran dicho algo ya los deudos del desgraciado; en el tercero su confesión habría sido inevitable, porque aquello resultaba demasiado honroso; en el cuarto, también lo habríamos sabido ya, pues animado por la venganza habría delatado hasta los nombres de *los agresores*.

Un hombre muerto a puntapiés

Nada, que a lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrecejo era lo evidente. Ya no caben más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García, en estos términos:

Octavio Ramírez, un individuo de nacionalidad desconocida, de cuarenta y dos años de edad y apariencia mediocre, habitaba en un modesto hotel de arrabal hasta el día 12 de enero de este año.

Parece que el tal Ramírez vivía de sus rentas, muy escasas por cierto, no permitiéndose gastos excesivos, ni aun extraordinarios, especialmente con mujeres. Había tenido desde pequeño una desviación de sus instintos, que lo depravaron en lo sucesivo, hasta que, por un impulso fatal, hubo de terminar con el trágico fin que lamentamos.

Para mayor claridad se hace constar que este individuo había llegado sólo unos días antes a la ciudad, teatro del suceso.

Pablo Palacio

La noche del 12 de enero, mientras comía en una oscura fonducha, sintió una ya conocida desazón que fue molestándole más y más. A las ocho, cuando salía, le agitaban todos los tormentos del deseo. En una ciudad extraña para él, la dificultad de satisfacerlo, por el desconocimiento que de ella tenía, le azuzaba poderosamente. Anduvo casi desesperado, durante dos horas, por las calles céntricas, fijando anhelosamente sus ojos brillantes sobre las espaldas de los hombres que encontraba; los seguía de cerca, procurando aprovechar cualquiera oportunidad, aunque receloso de sufrir un desaire.

Hacia las once sintió una inmensa tortura. Le temblaba el cuerpo y sentía en los ojos un vacío doloroso.

Considerando inútil el trotar por las calles concurridas, se desvió lentamente hacia los arrabales, siempre regresando a ver a los transeúntes, saludando con voz temblorosa, deteniéndose a trechos sin saber qué hacer, como los mendigos.

Un hombre muerto a puntapiés

Al llegar a la calle Escobedo ya no podía más. Le daban deseos de arrojarle sobre el primer hombre que pasara. Lloriquear, quejarse lastimeramente, hablarle de sus torturas...

Oyó, a lo lejos, pasos acompasados; el corazón le palpitó con violencia; arrimóse al muro de una casa y esperó. A los pocos instantes el recio cuerpo de un obrero llenaba casi la acera. Ramírez se había puesto pálido; con todo, cuando aquél estuvo cerca, extendió el brazo y le tocó el codo. El obrero se regresó bruscamente y lo miró. Ramírez intentó una sonrisa melosa, de proxeneta hambrienta abandonada en el arroyo. El otro soltó una carcajada y una palabra sucia; después siguió andando lentamente, haciendo sonar fuerte sobre las piedras los tacos anchos de sus zapatos. Después de una media hora apareció otro hombre. El desgraciado, todo tembloroso, se atrevió a dirigirle una galantería que contestó el transeúnte con un vigoroso empujón. Ramírez tuvo miedo y se alejó rápidamente.

Entonces, después de andar dos cuadras, se

Pablo Palacio

encontró en la calle García. Desfalleciente, con la boca seca, miró a uno y otro lado. A poca distancia y con paso apresurado iba un muchacho de catorce años. Lo siguió.

–¡Pst! ¡Pst!

El muchacho se detuvo.

–Hola rico... ¿Qué haces por aquí a estas horas?

–Me voy a mi casa... ¿Qué quiere?

–Nada, nada... Pero no te vayas tan pronto, hermoso...

Y lo cogió del brazo.

El muchacho hizo un esfuerzo para separarse.

–Déjeme! Ya le digo que me voy a mi casa.

Y quiso correr. Pero Ramírez dio un salto y lo abrazó. Entonces el galopín, asustado, llamó gritando:

–¡Papá! ¡Papá!

Casi en el mismo instante, y a pocos metros de distancia, se abrió bruscamente una claridad sobre la calle. Apareció un hombre de alta

Un hombre muerto a puntapiés

estatura. Era el obrero que había pasado antes por Escobedo.

Al ver a Ramírez se arrojó sobre él. Nuestro pobre hombre se quedó mirándolo, con ojos tan grandes y fijos como platos, tembloroso y mudo.

—¿Que quiere usted, so sucio?

Y le asestó un furioso puntapié en el estómago.

Octavio Ramírez se desplomó, con un largo hipo doloroso.

Epaminondas, así debió llamarse el obrero, al ver en tierra a aquel pícaro, consideró que era muy poco castigo un puntapié, y le propinó dos más, espléndidos y maravillosos en el género, sobre la larga nariz que le provocaba como una salchicha.

¡Cómo debieron sonar esos maravillosos puntapiés!

Como el aplastarse de una naranja, arrojada vigorosamente sobre un muro; como el caer de un paraguas cuyas varillas chocan estremeciéndose; como el romperse de una nuez entre los dedos; ¡o mejor como el encuentro de otra

Pablo Palacio

recia suela de zapato contra otra nariz!

Así:

¡Chaj!
¡Chaj!

} con un gran espacio sabroso.

Y después: ¡cómo se encarnizaría Epaminondas, agitado por el instinto de perversidad que hace que los asesinos acribillen sus víctimas a puñaladas! ¡Ese instinto que presiona algunos dedos inocentes cada vez más, por puro juego, sobre los cuellos de los amigos hasta que quedan amoratados y con los ojos encendidos!

¡Como batiría la suela del zapato de Epaminondas sobre la nariz de Octavio Ramírez!

¡Chaj!
¡Chaj!
¡Chaj!

} Vertiginosamente

en tanto que mil lucecitas, como agujas, cosían las tinieblas.

El antropófago

Allí está, en la Penitenciaría, asomando por entre las rejas su cabeza grande y oscilante, el antropófago.

Todos lo conocen. Las gentes caen por allí como llovidas por ver al antropófago. Dicen que en estos tiempos es un fenómeno. Le tienen recelo. Van de tres en tres, por lo menos, armados de cuchillas, y cuando divisan su cabeza grande se quedan temblando, estremeciéndose al sentir el imaginario mordisco que les hace poner carne de gallina. Después le van teniendo confianza; los más valientes han llegado hasta a provocarle, introduciendo por un instante un dedo tembloroso por entre los hierros. Así repetidas veces, como se hace con las aves enjauladas que dan picotazos.

Pero el antropófago se está quieto, mirando con sus ojos vacíos.

Pablo Palacio

Algunos creen que se ha vuelto un perfecto idiota; que aquello fue sólo un momento de locura.

Pero no les oiga; tenga mucho cuidado frente al antropófago: estará esperando un momento oportuno para saltar contra un curioso y quitarle la nariz de una sola dentellada.

Medite usted en la figura que haría si el antropófago se almorzara su nariz.

¡Ya lo veo con su aspecto de calavera!

¡Ya lo veo con su miserable cara de lázaro, de sifilítico o de canceroso! ¡Con el unguis asomando por entre la mucosa amoratada! ¡Con los pliegues de la boca hondos, cerrados como un ángulo!

Va usted a dar un magnífico espectáculo.

Vea que hasta los mismos carceleros, hombres siniestros, le tienen miedo.

La comida se la arrojan desde lejos.

El antropófago se inclina, husmea, escoge la carne —que se la dan cruda— y las masca sabrosamente, lleno de placer, mientras la sanguaza le chorrea por los labios.

Al principio le prescribieron dieta: legumbres y nada más que legumbres; pero había sido de ver la gresca armada. Los vigilantes creyeron que iba a romper los hierros y comérselos a toditos. ¡Y se lo merecían los muy crueles! ¡Ponérseles en la cabeza el martirizar de tal manera a un hombre habituado a servirse de viandas sabrosas! No, esto no le cabe a nadie. Carne habían de darle, sin remedio, y cruda.

¿No ha comido usted alguna vez carne cruda? ¿Por qué no ensaya?

Pero no, que pudiera habituarse, y esto no estaría bien. No estaría bien porque los periódicos, cuando usted menos lo piense, le van a llamar fiera, y no teniendo nada de fiera, molesta.

No comprenderían los pobres que el suyo sería un placer como cualquier otro; como comer la fruta en el mismo árbol, alargando los labios y mordiendo hasta que la miel corra por la barba.

Pero ¡qué cosas! No creáis en la sinceridad de mis disquisiciones. No quiero que nadie se forme de mí un mal concepto; de mí, una persona tan inofensiva.

Pablo Palacio

Lo del antropófago sí es cierto, inevitablemente cierto.

El lunes último estuvimos a verle los estudiantes de Criminología.

Lo tienen encerrado en una jaula como de guardar fieras.

¡Y qué cara de tipo! Bien me lo he dicho siempre: no hay como los pícaros para disfrazar lo que son.

Los estudiantes reíamos de buena gana y nos acercamos mucho para mirarlo. Creo que ni yo ni ellos lo olvidaremos. Estábamos admirados, y ¡cómo gozábamos al mismo tiempo de su aspecto casi infantil y del fracaso completo de las doctrinas de nuestro profesor!

—Véanlo, véanlo como parece un niño
—dijo uno.

—Sí, un niño visto con una lente.

—Ha de tener las piernas llenas de roscas.

—Y deberán ponerle talco en las axilas para evitar las escaldaduras.

—Y lo bañarán con jabón de Reuter.

—Ha de vomitar blanco.

—Y ha de oler a senos.

Así se burlaban los infames de aquel pobre hombre que miraba vagamente y cuya gran cabeza oscilaba como una aguja inmantada.

Yo le tenía compasión. A la verdad, la culpa no era de él. ¡Qué culpa va a tener un antropófago! Menos si es hijo de un carnicero y una comadrona, como quien dice del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta. Eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio.

Pero los jueces le van a condenar irremediablemente, sin hacerse estas consideraciones. Van a castigar una inclinación naturalísima: esto me rebela. Yo no quiero que se proceda de ninguna manera en mengua de la justicia. Por esto quiero dejar aquí constancia, en unas pocas líneas, de mi adhesión al antropófago. Y creo que sostengo una causa justa. Me refiero a la irresponsabilidad que existe de parte de un ciudadano cualquiera, al dar satisfacción a un deseo que desequilibra atormentadoramente su organismo.

Pablo Palacio

Hay que olvidar por completo toda palabra hiriente que yo haya escrito en contra de ese pobre irresponsable. Yo, arrepentido, le pido perdón.

Sí, sí, creo sinceramente que el antropófago está en lo justo; que no hay razón para que los jueces, representantes de la vindicta pública...

Pero qué trance tan duro... Bueno... Lo que voy a hacer es referir con sencillez lo ocurrido... No quiero que ningún malintencionado diga después que soy yo pariente de mi defendido, como ya me lo dijo un Comisario a propósito de aquel asunto de Octavio Ramírez.

Así sucedió la cosa, con antecedentes y todo:

En un pequeño pueblo del Sur, hace más o menos treinta años, contrajeron matrimonio dos conocidos habitantes de la localidad: Nicanor Tiberio, dado al oficio de matarife, y Dolores Orellana, comadrona y abacera.

A los once meses justos de casados les nació un muchacho, Nico, el pequeño Nico, que después se hizo grande y ha dado tanto que hacer.

La señora de Tiberio tenía razones indiscutibles para creer que el niño era oncemesino, cosa rara y de peligros. De peligros porque quien se nutre por tanto tiempo de sustancias humanas es lógico que sienta más tarde la necesidad de ellas.

Yo desearía que los lectores fijen bien su atención en este detalle, que es a mi ver significativo para Nico Tiberio y para mí, que he tomado cartas en el asunto.

Bien. La primera lucha que suscitó el pequeño en el seno del matrimonio fue a los cinco años, cuando ya vagabundeaba y comenzó a tomársele en serio. Era a propósito de la profesión. Una divergencia tan vulgar y usual entre los padres, que casi, al parecer, no vale la pena darle ningún valor. Sin embargo, para mí lo tiene.

Nicanor quería que el muchacho fuera carnicero, como él. Dolores opinaba que debía seguir una carrera honrosa, la Medicina. Decía que Nico era inteligente y que no había que desperdiciarlo. Alegaba con lo de las aspiraciones —las mujeres son especialistas en lo

Pablo Palacio

de las aspiraciones.

Discutieron el asunto tan acremente y tan largo que a los diez años no lo resolvían todavía. El uno: que carnicero ha de ser; la otra: que ha de llegar a médico. A los diez años Nico tenía el mismo aspecto de un niño; aspecto que creo olvidé de describir. Tenía el pobre muchacho una carne tan suave que le daba ternura a su madre; carne de pan mojado en leche, como que había pasado tanto tiempo curtiéndose en las entrañas de Dolores.

Pero pasa que el infeliz había tomádole serias aficiones a la carne. Tan serias que ya no hubo qué discutir: era un excelente carnicero. Vendía y despostaba que era de admirarlo.

Dolores, despechada, murió el 15 de mayo del 906. (¿Será también este un dato esencial?). Tiberio, Nicanor Tiberio, creyó conveniente emborracharse seis días seguidos y el séptimo, que en rigor era de descanso, descansó eternamente. (Uf, ésta va resultando tragedia de cepa).

Tenemos, pues, al pequeño Nico en absoluta

libertad para vivir a su manera, solo a la edad de diez años.

Aquí hay un lago en la vida de nuestro hombre. Por más que he hecho, no he podido recoger los datos suficientes para reconstruirla. Parece, sin embargo, que no sucedió en ella circunstancia alguna capaz de llamar la atención de sus compatriotas.

Una que otra aventurilla y nada más.

Lo que se sabe a punto fijo es que se casó, a los veinticinco, con una muchacha de regulares proporciones y medio simpática. Vivieron más o menos bien. A los dos años les nació un hijo, Nico, de nuevo Nico.

De este niño se dice que creció tanto en saber y en virtudes, que a los tres años, por esta época, leía, escribía, y era un tipo correcto: uno de esos niños seriotos y pálidos en cuyas caras aparece congelado el espanto.

La señora de Nico Tiberio (del padre, no vaya a creerse que del niño) le había echado ya el ojo a la abogacía, carrera magnífica para el chiquitín. Y algunas veces había intentado

Pablo Palacio

decírselo a su marido. Pero éste no daba oídos, refunfuñando. ¡Esas mujeres que andan siempre metidas en lo que no les importa!

Bueno, esto no le interesa a usted; sigamos con la historia:

La noche del 23 de marzo, Nico Tiberio, que vino a establecerse en la Capital tres años atrás con la mujer y el pequeño —dato que he olvidado de referir a su tiempo—, se quedó hasta bien tarde en un figón de San Roque, bebiendo y charlando.

Estaba con Daniel Cruz y Juan Albán, personas bastante conocidas que prestaron, con oportunidad, sus declaraciones ante el Juez competente. Según ellos, el tantas veces nombrado Nico Tiberio no dio manifestaciones extraordinarias que pudieran hacer luz en su decisión. Se habló de mujeres y platos sabrosos. Se jugó un poco a los dados. Cerca de la una de la mañana, cada cual la tomó por su lado.

(Hasta aquí las declaraciones de los amigos del criminal. Después viene su confesión, hecha impudicamente para el público).

Al encontrarse solo, sin saber cómo ni por

qué, un penetrante olor a carne fresca empezó a obsesionarlo. El alcohol le calentaba el cuerpo y el recuerdo de la conversación le producía abundante saliveo. A pesar de lo primero, estaba en sus cabales.

Según él, no llegó a precisar sus sensaciones. Sin embargo, aparece bien claro lo siguiente:

Al principio lo atacó un irresistible deseo de mujer. Después le dieron ganas de comer algo bien sazonado; pero duro, cosa de dar trabajo a las mandíbulas. Luego le agitaron temblores sádicos: pensaba en una rabiosa cópula, entre lamentos, sangre y heridas abiertas a cuchilladas.

Se me figura que andaría tambaleando, congestionado.

A un tipo que encontró en el camino casi le asalta a puñetazos, sin haber motivo.

A su casa llegó furioso. Abrió la puerta de una patada. Su pobre mujercita despertó de un sobresalto y se sentó en la cama. Después de encender la luz se quedó mirándolo temblorosa, como presintiendo algo en sus ojos colorados y saltones.

Pablo Palacio

Extrañada, le preguntó:

—¿Pero qué te pasa, hombre?

Y él, mucho más borracho de lo que debía estar, gritó:

—Nada, animal; ¿a ti qué te importa? ¡A echarse!

Mas, en vez de hacerlo, se levantó del lecho y fue a pararse en medio de la pieza. ¿Quién sabía qué le irían a mentir a ese bruto?

La señora de Nico Tiberio, Natalia, es morena y delgada.

Salido del amplio escote de la camisa de dormir, le colgaba un seno duro y grande. Tiberio, abrazándola furiosamente, se lo mordió con fuerza. Natalia lanzó un grito.

Nico Tiberio, pasándose la lengua por los labios, advirtió que nunca había probado manjar tan sabroso.

¡Pero no haber reparado nunca en eso! ¡Qué estúpido!

¡Tenía que dejar a sus amigotes con la boca abierta!

Estaba como loco, sin saber lo que le pasaba y

con un justificable deseo de seguir mordiendo.

Por fortuna suya oyó los lamentos del chiquitín, de su hijo, que se frotaba los ojos con las manos.

Se abalanzó gozoso sobre él; lo levantó en sus brazos, y, abriendo mucho la boca, empezó a morderle la cara, arracándole regulares trozos a cada dentellada, riendo, bufando, entusiasmándose cada vez más.

El niño se esquivaba y él se lo comía por el lado más cercano, sin dignarse escoger.

Los cartílagos sonaban dulcemente entre los molares del padre. Se chupaba los dientes y se lamía los labios.

¡El placer que debió sentir Nico Tiberio!

Y como no hay en la vida cosa cabal, vinieron los vecinos a arrancarle de su abstraído entretenimiento. Le dieron de garrotazos, con una crueldad sin límites; le ataron, cuando le vieron tendido y sin conocimiento; le entregaron a la Policía...

¡Ahora se vengarán de él!

Pablo Palacio

Pero Tiberio (hijo), se quedó sin nariz, sin una ceja, sin una mejilla.

Así, con su sangriento y descabalado aspecto, parecía llevar en la cara todas las ulceraciones de un Hospital.

Si yo creyera a los imbéciles tendría que decir: Tiberio (padre) es como quien se come lo que crea.

EL CUENTO

Existen en la actualidad asuntos importantísimos de explotación sociológica y política: lo de Marruecos, los sistemas de colonización francesa y española, el gran problema de las finanzas, la identidad de la Europa feudal y la América colonial, la difícil cuestión de la procedencia de los primeros habitantes de este continente, y muchísimos más. Pero creo que brilla sobre todos la eternamente nueva y eternamente vieja *opinión pública*.

¡La opinión pública, freno de gobernante y único timón seguro para conducir con buen éxito la nave del Estado! ¡La opinión pública, morigeradora de las costumbres políticas, de las costumbres sociales, de las costumbres religiosas!

Supongamos que pudiera existir un hombre que participe sincera e idénticamente de estas ideas. Luego este hombre debe llamarse Fran-

Pablo Palacio

cisco o Manuel y estar a la media edad, entre gordo y flaco, entre barbudo y no barbudo.

Este don Francisco o don Manuel, tiene que ser pequeño, de párpados con bolsas, usar *jaquet* y detestable sombrero.

Andará lentamente, blandiendo el bastón y moviendo las caderas.

Solterón y aburrido, deberá tener una amiga que fue amiga de todos, conquistada a fuerza de acostumbramiento, y a quien cualquier mequetrefe pudo llamar:

–Pst, pst... (etc.).

Esta amiga, –Laura o Judith– tendrá cualquier nariz –pongamos aguileña–, cualquier cabello –canela–, cualesquiera ojos –pardos–, y será larguirucha y voluntariosa.

Puede vivir al cabo de una calle sucia.

Puede tener amigas muy alegres con quienes celebre sesiones animadas, que salpicarán el cuento como el lodo un vestido nuevo, al manotazo de un caballo en una charca.

El pequeño sociólogo, ¡oh maravilla!, tendrá

que ir dos veces por semana al cabo de la calle conocida y dará vueltas junto a la puerta, mirando a todos lados, azorado, procurando evitar un mal encuentro. Cuando le arroje a la ventana la piedrecilla del silbido, ella hará gruñir los cristales y le contestará con la rabia de sus ojos.

Naturalmente, ella debe divertirse a costa de él, aunque *con* él no le sea posible divertirse.

Y como el sociólogo no tendrá mal olfato, y como casi nunca sabrá lo que decir, ha de toser un poco enojado.

—Oyte, Laura —o Judith—, yo creo que aquí no has estado sola. Dime de quién es esa colilla.

Ella lo aplastará con el silencio.

Entonces, el sociólogo, acoquinado, tendrá que callar también un rato.

Después de este rato:

—Bueno, Laura —o Judith—, no seas así. Parece que yo viniera a pedirte... por caridad. Anoche has estado con uno de mis amigos y él me lo contó, sin saber que...

Gran reacción:

Pablo Palacio

–Ve, animal: ya no puedo aguantarte más tus cochinadas. ¡Si vienes otra vez con esas, te rajo la cabeza!

Pensamiento:

“Si esta mujer me raja la cabeza, ¿qué dirá la opinión pública?”.

¡SEÑORA!

— Usted fue, sí, usted fue.

—¿Señora...?

—Le digo que fue usted; no sea sinvergüenza.

—Pero... ¡señora!... perdone: no sé de lo que se trata.

—¡Ah! Cínico... Devuélvame enseguida lo que ha cogido.

El hombre sintió un crujido en el armatoste de su buen juicio y se quedó viendo la cara de la rabiosa con ojos desencajados.

—¿Fue usted quien estuvo sentado junto a mí en el Teatro?

—... Sí, señora; así me parece...

—Entonces, ¿qué hizo de mi saquito de joyas?

—Pero, ¿qué saquito de joyas?

—¡Oh! Esto es demasiado. Y ¡claro!, no podía

Pablo Palacio

ser de otra manera. ¡A lo que hemos llegado! Usted se va conmigo, jovencito, y no diga nada porque no quiero hacerle tomar un chasco. ¡Se ha de creer que sea yo quien sienta vergüenza antes que él!

En la comedia moderna, el automóvil es un personaje interesantísimo; así es que se acercó un automóvil.

—A la Policía.

Anonadamiento. “¿Estoy yo loco o está ella loca? ¿Sueño o no sueño? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Soy ladrón o no soy ladrón? ¿Existo o no existo?”. Alto grado de estupidez.

—¡Pero, señora!

—¡Vuelve usted con lo mismo! No me va a ser posible entenderme con usted. Ya se lo he dicho. Lo que tiene que hacer es devolverme lo que ha cogido y no venirme con lamentaciones. Nada de esto hubiera pasado si usted me habría devuelto eso enseguida. ¿A qué vienen sus fingimientos?

—Se lo juro, señora: no sé qué es lo que usted me reclama.

¡Señora!

—¡Cállese! ¡Cállese! Me va hacer encolerizar. Tengo convencimiento de que fue usted y por eso hago lo que hago. Y no sé bien por qué procedo así. A pesar de la monstruosidad que acaba de cometer, me ha simpatizado; si no, estuviera ya en la Policía y vergonzosamente. Pero por algo noto que es una persona decente y estoy segura de que no sufrirá el bochorno de las investigaciones.

Policía.

—Vea, joven, por Dios, devuélvame el saquito. Son joyas valiosísimas y es lo único que tengo. Figúrese usted lo que me va a decir mi marido cuando venga. ¡Ah! y todo por la ausencia de él... Lo que me va a decir cuando venga. Vea, joven, compadézcame...

—Bueno, diablos, ¿qué es lo que pasa? Le he dicho que no tengo nada suyo. ¿Entiende usted?: No ten-go-na-da-su-yo. Ya estamos en la Policía. Siga, señora.

—No, no baje; no se moleste. Yo no quiero hacerle quedar mal. Caramba, caramba. Calle usted. No, no; esto no puede ser. Yo sé que usted

Pablo Palacio

se compadecerá de mí. Adolfo, siga a casa.

—¡Maldición!

Y estupidez definitiva: “¿La mato o no la mato? ¿Estoy loco o está loca? ¿Qué hora es? ¿A dónde voy? ¿Hay un amigo tras la noche o un enemigo? ¿Quién es esta mujer? ¿He robado o no he robado?”

—No intente arrojarse... Se estrellaría. Vaya más ligero, Adolfo; más ligero.

Y como el viaje fuera largo, el hombre tuvo miedo.

Brillaban dos ojos de gata.

Naturalmente, empezó a llover fuerte.

—No recele de nada. ¿Cree usted peligrosa a una mujer sola, en la noche? Oh, qué niño... No nos lo comeremos a usted. Pero, hable. ¿Por qué no habla? ¿Se le ha secado la boca?

Silencio empedernido. Desfile, ante la imaginación, de todos los gestos, actitudes y aptitudes de lo absurdo.

—Ya hemos llegado. Tenga la bondad de bajar, joven. No: por acá. No tenga ningún recelo. Fíjese usted en el peligro que le ofrece una mu-

¡Señora!

jer sola. Entre. Suba. Caramba, el susto que me ha dado. Yo creí no volver a ver más aquello, que es lo único que tengo. Ay, pero hace un frío terrible. Entre, siéntese. (Silencio). Ahora lo que necesito son las joyas. Hágame el favor, joven.

—Pero, señora, ¿qué es lo que le pasa? Se lo he repetido hasta la saciedad: yo no tengo sus joyas.

—Bueno, primeramente, dígame por qué me dice señora...

—...Porque así lo parece.

Y la señora rió.

—Caramba, caramba... Perdóneme usted que sea tan molesta; pero, ya comprenderá... mi situación es de las más difíciles... Ya sabe usted que mi marido está ausente, y puede caerme aquí de sorpresa después de dos, tres, cuatro días... ¿Y qué le diré yo de esas joyas? Como él es un poco celoso, quién sabe qué cosas va a figurarse... ¡Ay, no, Dios mío, cuando yo pienso en lo que él puede pensar de mi, soy capaz de enterrarme viva...!

Perdóneme; yo sé que estoy obrando muy

Pablo Palacio

indiscretamente, pero es que ahora no puedo hacer nada bien... Permítame que le exija su abrigo...

La señora buscó inútilmente en todos los bolsillos y lo colocó sobre una silla.

—¡Oh! Pero no vuelva a ponérselo. Aguarde usted. Caramba; pero qué frías tiene las manos. ¿Quiere tomar una copita? ¿Ron? ¿Cognac? ¿Whisky?

—No bebo nada, señora.

—Uff, qué seriedad... Es de ver al chiquillo. ¿Me perdona un momento? Yo misma voy a traer, porque no quiero despertar a los criados, y ya veremos si rehusa. De paso traeré también un pequeño utensilio para que arreglemos lo de las joyas.

Por fuerza, había dejado de llover.

Miradas rápidas y alocadas. Una ventana baja fue el milagro. Puesto que no había peligro de que se rompiera la osamenta, por allí debía salvarse el hombre —y también el cuentista—, para, luego, azorado, hundirse en el camino.

¡Señora!

Al ruido de la ventana, es evidente que la señora debió regresar a la sala: al no encontrar a la víctima, salir a ver presurosamente, hostil, rabiosa, dada a los mil diablos.

Se mesaría los cabellos. Echaría en el lago quieto de la noche, atado al final de su larga mirada exploradora, este volumen:

—¡Zoquete!

Una honda golpeará el estupor del hombre.

VIDA DEL AHORCADO
Novela subjetiva

Primera mañana de mayo

Ocurre que los hombres, el día una vez terminado, suelen despedirse de parientes y amigos y, aislándose en grandes cubos *ad hoc*, después de hacer las tinieblas se desnudan, se estiran sobre sus propias espaldas, se cubren con mantas de colores y se quedan ahí sin pensamiento, inmóviles, ciegos, sordos y mudos. Ocurre también generalmente que estos mismos hombres, transcurrido ya cierto tiempo, de improviso se sienten vueltos a la vida y comienzan a moverse y a ver y a oír como desde lejos. Ya cerca, un mínimo número de esos mismos hombres introducen sus pellejos en agua, bufan, tiritan y silban. Luego ocultan todo su cuerpo en telas especiales, dejando fuera sólo sus aparatos más indispensables para ponerse en relación con sus vecinos y abandonan esos grandes cubos, con los párpados hinchados y amarillos.

Pablo Palacio

Ahora bien: en este momento yo he despertado. Fue así de improviso, como hacer luz, como apagar la luz. Estiro la pierna, amigo mío, y veo en dónde he despertado. Este es un cubo parecido a aquél en que todos los hombres despiertan. Se puede ver aquí medianamente. Ya es de día. Ya es la hora de ayer, compañero. Está todo en su sitio.

Pero los párpados vuelven a cerrárase, pero ya es la hora de ayer.

—Andrés —silba una voz bajita.

Me incorporo de un salto. Escucho. ¿Quién me ha llamado? Aquí no puede haber otra voz que la mía.

Retengo el aliento. Me levanto de puntillas, todos los sentidos abiertos. Es preciso observar, que en este cubo hay algo peligroso.

Venid, entrad, señoras y señores burgueses, señoras y señores proletarios. Entrad vosotros los expulsados de todo refugio y los desconten-

tos de todos ellos. Entrad todos vosotros, compatriotas de este chiquito país. Vos, compatriota obeso; vos, compatriota esmirriado; vos, compatriota de la nariz de salchicha; vos, compatriota empolvado; vos, compatriota romántico; vos, compatriota aburrido; vos, vos, vos.

No habed miedo de no tener sitio. Más bien venid a admirar la capacidad de este cubo de grandes muros lisos y desnudos, en donde todo lo que entra se alarga y se achica, se hincha o se estrecha, para adaptarse y colocarse en su justo sitio como obra de goma. Mirad al obeso compadre Tixi cómo ha perdido su enorme barriga para dar sitio a sus alegres y bondadosas comadres, y mirad a estas bondadosas comadres cómo han perfilado y achatado sus alegres rostros por no ser una molestia para las voluminosas rabadillas de aquel inteligente estirado como una tripa. Y mirad al venerable burgués Heliodoro cómo está de aplastado que parece un pobre dibujo en el piso. Aquí en este cubo hay sitio para todo el mundo.

Pero venid, entrad a ver cosas y cosas.

Pablo Palacio

¿No queréis oír? ¿Sois sordos? ¿Vaciláis? ¿No os infundo confianza?

Bien, no importa.

Yo os traeré aquí a mi manera y os encerraré en este cubo que tiene un sitio para cada hombre y para cada cosa.

Quería explicaros que soy un proletario pequeño-burgués que ha encontrado manera de vivir con los burgueses, con los buenos y estimables burgueses.

He aquí un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión del aliento, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo: Tú también estás ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de este o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado en donde caerás después del salto.

Pero ya me lo aclaras todo: estoy viviendo

la transición del mundo. Aquí, delante de mí, está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos. Yo tengo un amor en estos siglos; yo tengo un amor en esta volcadura.

Mi padre y mi madre están allá sin comprenderme. Mi padre y mi madre son mis enemigos primeros. No les llegó la voz a tiempo y el tiempo de llegar la voz ha puesto un siglo entre uno y otro. Y he aquí que estamos para con ellos tan próximos como lejanos en el mismo momento.

¿Eh? Anda, levántate, enciende algo, que estás retardando el equilibrio definitivo del mundo. Después verás lo que haces ante los ojos húmedos de la madre. Pero eso al fin qué importa. Toda traba es burguesa.

Lo que sucede es que tienes pena de tu vaca y de tu cochino. Estás enamorado de tu vaca y de tu cochino y en lo sucesivo no se te van a permitir esas pasiones bestiales.

Mira, vamos a hacer una nueva vida. Una

Pablo Palacio

nueva vida maravillosa. Vamos a suprimir la corbata y el cuello. Vamos a permitir que todos los hombres se dirijan la palabra con el sombrero puesto. Vamos a prohibir las genuflexiones y las reverencias. Todos podremos vernos cara a cara. ¿Qué más quieres? ¿Qué es lo que vas a perder con eso?

¡Abajo, abajo la burguesía!

Pero cálmate, estás haciéndote un loco, amigo mío. Tírale un puntapié a la lora y escucha este sermoncito que he garrapateado para molestarte las orejas.

“A ti, camarada burgués:

Te ruego hagas por dar contestación a las preguntas contenidas en el pequeño pliego que voy a leerte y aguces el oído para las otras cosas que en él se dice”.

Ejem. Ejem. Cúju, cúju.

“Camarada:

Cuando estás delante del poderoso, ¿por qué tiemblas? Todo poder viene de ti. ¿Por qué no le escupes? ¿Por qué no le envileces con su

misma pequeñez? ¿Por qué no le abofeteas?

¿Sabes que él esté hecho de otro barro que no sea una poca cosilla de miserias y vergüenzas?

¿Por qué te humillas? ¿Por qué?

Espera que la pira se dé cuenta de que la sordera del todopoderoso no tiene edad y verás cómo se viene –hambrienta e inflamada– y aprieta el cuello de los usurpadores. Y verás cómo les hace saltar los ojos, igual que a esos enanitos de celuloide. Y verás cómo goza la pira y se estira y se conforta.

Luego los grandes devorarán a los chicos y entonces tendrás que ponerte a temblar ante el nuevo poderoso, porque estás hecho de carne de esclavo.

Ya ves cómo los otros gobiernan en nombre del pueblo y usufructúan tus lágrimas. Ya ves cómo han hecho a tu mujer y a tu hija ricos presentes, y ya sabes cómo gozarán con ellas a costa de tu propia amargura.

Un día los imbéciles no pudieron vivir solos y se volvieron impotentes para reclamar su ca-

Pablo Palacio

lidad de hombres. Entonces sus padres les vapulearon y no abandonaban los foetes para que ellos no abandonaran la azada. Y cuando murieron sus padres, fueron sus hermanos los que les vapuleaban. Entonces los tiranos cobraron renta por dar azotes y hoy te los dan hasta corte las rabadillas.

Y no llegará el día en que te hayas reconquistado.

No eres tan fuerte como para deshacerte del yugo.

Mira el día pasado y el de hoy y mira así todos los días de tu vida. Estás hecho de esclavo como tu voz está hecha de sonido. Así totalmente y sin esperanza.

He dicho, camarada”.

—¡Bravo! ¡Bravo el compañero Andrés!

—¿Has oído todo? ¿Has oído?

—¡Qué bien!

—¡Pero si dice las verdades el camarada Andrés!

—¿Has oído? ¿Has oído?

—¿Has oído?

A eso aconteció que se hizo el silencio en el cubo.

Entonces todos pusimos nuestros ojos en el panadero Alejandro. Algo nuevo y grande iba a suceder. ¡Pongamos todos nuestras miradas en el compatriota Alejandro!

Ha cerrado los ojos beatíficamente como un santo dormido. Ha cruzado los dedos sobre su hermoso vientre abombado.

Luego goza mucho y se ventosea largo, largo como un gemido. Todos vemos, ¡todos lo vemos!, cómo se le desinfla el vientre ¡aquí en el cubo!

—¡Deteneos! ¡Deteneos, señores burgueses y señores proletarios! ¡Una sola palabra más! ¡Deteneos compatriotas de este chiquito país; compatriotas obesos, compatriotas esmirriados, compatriotas, compatriotas! ¡Deteneos!

...Pero ya nadie quiere oírme, ay, pobre de mí.

2

Ana, primer instante de la mañana más amarilla.

Ana, piel de piel de durazno.

Ana, ¿le gusta a usted la bicicleta?

Ay, Ana, señorita, dígamelo y estafo.

Ahora me pongo a decir mi hermosa oración matinal.

Oración matinal

Mi Señor y mi Dios, Tú que todo lo puedes:
con el mayor respeto y consideración vengo
a pedirte me hagas el señalado servicio de no
darme una mujer que gaste paladar de caucho.

Hambre

El Gobierno de la República ha mandado insertar en los grandes rotativos del mundo esta convocatoria escrita en concurso por sus más bellos poetas.

¡Atención! Subasta pública

Atención, capitalistas del mundo:

El Chimborazo está en pública subasta. Lo daremos al mejor postor y se admiten ofertas en metálico y en tierra plana como permuta. Vamos a deshacernos de esta joya porque tenemos necesidades urgentes: nuestros súbditos están con hambre, por más que tengan promontorios a la ventana. Hoy es el Chimborazo, mañana será el Carihuairazo y el Corazón; después el Altar, el Illiniza, el Pichincha. ¡Queremos tierra plana para sembrar caña de azúcar y cacao! ¡Queremos tierra para pintarle caminos!

Pablo Palacio

Atención, capitalistas del mundo:
¡Los más hermosos volcanes están en pública subasta!

Perro perdido

“Buena gratificación se dará a la persona que encuentre y devuelva a su dueño un perro perdido en el parque municipal, el día de ayer entre las cinco de la tarde. Faldero, color café, con collar, responde al nombre de Peter. –Villa Margarita–. Avenida de las Acacias –Tel. 45C”.

Y asimismo la vieja Anatolia –lo puedo ver desde mi ventana– ha cogido a su pequeño hijastro, poniéndole los cueros al aire, y mientras le chicotea el fundillo le está gritando:

–Ay, perro perdido, te fuiste a la maroma sin pedirme permiso. ¡Toma, perro perdido. Toma, perro perdido!

Ji, ji. Ji, ji. Huy, huy, huy, Ji, ji.

5

Odio

“Quiero entenebreecer la alegría de alguien. Quiero turbar la paz del que esté tranquilo.

Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego; justamente como el parásito que ha tenido el acierto de localizarse en tu cerebro y que te congestionará uno de estos días, sin anuncio ni remordimiento.

Entraron al cubo cautelosamente, de puntillas, como ladrones asustados. Anhelaban. Qué angustia en el pecho, qué palpar cardíaco, qué desasosiego y qué espanto. Entraron y se revolcaron.

Luego vino la queja y el reproche y el insulto. ¡Una razón! ¡Sólo una!

Pablo Palacio

Entonces ella le puso la voz temblorosa en la oreja, deshilvanando el cuento.

—...Y una mañana, aprendiendo a montar en bicicleta...

10

Al fin los chiquillos de la Universidad tuvieron una idea genial.

Antes de ir a clase hicieron, una mañana azul, abundante provisión de pistolas, de tal manera que para cada chiquillo había una pistola. Y cada chiquillo se guardó su pistola.

Entonces se abrió la clase y todos tomaron el sitio de cada día. Sobre su sillón de cuero, el Profesor sabio hacía gestos y hablaba, hablaba y hacía gestos; pero sus palabras, apenas salidas de los labios, se le caían en la punta de los zapatos: era que no podían avanzar porque la clase estaba llena con el coraje de los chi-

quillos, cuyos corazoncitos hacían bum, bum; bum, bum.

Y ya cuando el Profesor sabio había acabado por ponerse majadero, el chiquillo de los bigotes delgaditos púsose en pie y dijo:

–¡Señor Profesor! ¡Usted no es nada más que un majadero!

Y el Profesor sacó los ojos el tanto de un jeme y los metió y los sacó.

Entonces el de los bigotes delgaditos dijo también:

–Todos los chiquillos de la clase hemos decidido suicidarnos en masa porque usted es un majadero.

–Hemos resuelto suicidarnos en masa porque usted es un majadero –dijeron en coro.

Y todos los chiquillos sacaron sus máquinas y cada uno se puso la suya en el hueco de la oreja.

El compañero de los bigotes gritó:

–¡Uno!... ¡Dos!... y... ¡Tres!

¡Pum!

Pablo Palacio

Cayeron heroicamente, como deben caer los hombres. Y el Profesor sabio, dejando de hacer gestos, se puso a buscar a gatas por la clase las palabras inútilmente perdidas.

Reencarnaciones

Después de su muerte, el poeta Armando, que en vida había sido el príncipe de las delicadezas, reencarnó su espíritu exquisito en el equipo basto de un alazán de pocos ánimos. Y el animal del dueño, a horcajadas sobre la nueva envoltura del poeta Armando, para que cobrara espíritu le espoleaba hundiéndole en los ijares grandes rodajas afiladas; le espoleaba, le espoleaba.

¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!

Y el gran boxeador filipino pasó a ser florecilla del campo para honesto goce de los pobres poetas, para adorno de la naturaleza, para perfume humilde de la hondonada. Pero el canalla cuanto estremecido colibrí una vez

por día aplicaba su largo pico al riñón del filipino, haciéndole succionadoras gracias.

¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!

—¿Ana? No existe.

Grito familiar

Si uno de estos días vienen a decirte: tu madre viuda, o tu hermana querida, o tu tía, o tu hija o tu abuela, ha tomado estado con el hombre que echa los bacines o con el que lava los cubículos de porcelana, ten mucho cuidado de no agitarte, de no congestionarte. ¡Oh tú, amigo mío!

Toma tu respuesta, pollo: has hecho bien, madrecita. Tu ternura, tus pasiones, tus actos, son tuyos. ¡Ay del que quiera limitarte el dominio de lo único que tienes!

¡Ay!

Oración vespertina

Y ya que esta mujer que me has dado, Señor mío, es tan esbelta y buena, y goza de miembros ágiles, sírvete darle protección, guiando sus pasos con el acierto que Tú sólo posees.

No vaya a ser que en media vía pierda su serenidad y se le eche encima uno de esos vehículos jadeantes.

¡Mujer mía!

Pensar que alguna vez tenga que consultarme con el cirujano para sustituir una por lo menos de sus hermosas y ágiles piernas con otra de palo gris.

30

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

El problema del arte es un problema de traslados.

Descomposición y ordenación de formas,

de sonidos y de pensamientos. Las cosas y las ideas se van volviendo viejas. Te queda sólo el poder de babosearlas.

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

Revolución

Pesas, pesas tanto.

Pues salta sobre un platillo de la balanza para ver si nos das el gusto de elevar a los monigotes del otro platillo. Les gustaría volar.

Ya ves cómo hablan, cómo bracean, cómo juran, cómo se hurgan las narices.

Hombre con pulgas

Auténticamente he sabido yo de un camarada, Bienatendino Traumanó, que tenía la cara cuadrada, la nariz cuadrada, las manos cuadradas y la facha, en fin, cuadrada.

Pablo Palacio

Y que este camarada Bienatendino tenía una mujer cuya cara también era cuadrada, cuya nariz también era cuadrada, y cuya facha en fin, era también cuadrada.

Y que Bienatendino Traumanó vivía en paz, con gusto para las salchichas, para los potajes porcinos, para las fiestas en el campo y para los hermosos gestos de amor de Bienatendina.

Entonces yo sé que el diablo le bisbiseó una noche: “Mañana te das un paseíto largo, Bienatendino” y Bienatendino al día siguiente tomó pasaje largo de automóvil.

Rueda y rueda por la carretera, Bienatendino vio al hombre con el hacha. Estaba yendo a dar el golpe, pero al ver el automóvil la detuvo y se quedó así en su actitud de cortar mirando, mientras pasaba, a Bienatendino, quien se estremeció y dijo:

—¡Ay, el hombre con el hacha!

Y no vio otra cosa Bienatendino hasta que se detuvo el automóvil, ya cerca de la noche.

—Cebadas, Cebadas.

¡Ah, ya! Era el pueblo de Cebadas.

Y vino la noche. Y como todas las noches, Bienatendino se estiró de espaldas en alguna parte, envolvió su cuadrado en unas mantas y se puso a llamar en voz bajita al sueño.

—Sueño, sueño, sueño...

Pero antes de venir el sueño alguien le dio un pinchazo en el muslo, y en el pecho otro, y en el cuello otro, y en la espalda otro, y otro allá, y otro aquí, y otro y otro.

Ay, las pulgas. Ay, las pulgas.

Bienatendino comenzó a agitarse. Ay, ay. Cómo caminaban de un lado a otro; cómo le hacían un surquito de estremecimientos sobre la piel granulada. Ay, ay.

Entonces Bienatendino ya estaba completamente agitado y echó sus mantas lejos. Se puso en pie.

Ay, aquí —rascándose con las manos hechas garras.

Ay, acá.

Ay, allá.

Pablo Palacio

Bienatendino hacía flexiones. Bienatendino
hacia gimnasia en la noche.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, las corvas.

Ay, la espalda.

Ay, la pantorrilla.

Ay, la nuca.

¡Jesús! ¡Jesús! La existencia de las pulgas es
denigrante para el hombre.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, me mato.

¡A-y, e-l h-o-m-bre c-o-n p-u-l-g-a-s!

Junio 25

¿ Qué hora es?

Mira la belleza del cadáver en manos del disecador inexperto. Dócil, flexible, la piel lisa pegada al hueso, en las posiciones más inverosímiles de su repertorio. Se puede hacer de él lo que en vida no pudo hacer de sí mismo. Torturando su quietud para arrancarle aquella pequeña fibra escondida. A la derecha, a la izquierda, tan pronto arriba el pecho como la espalda. ¡Nathanael! ¡Agripina! Si tus parientes pudieran meter las narices por la rendija, echaran sin vacilar una lagrimita. ¡Agripina! ¡Agripina!

Mira su belleza descuidada y donosa. Ten cuidado de “esos magníficos huesos de las caderas que tienen la forma de una bacinilla”. Ahí está sin pasión, sin odio, como nunca logró

Pablo Palacio

estarlo. Sin vergüenza, sin respeto.

Déjalo en reposo por un momento, que tome la posición de su vida. No hagas caso de ello: ya no tiene sexo. Antes no podías hablarle sin temor porque te conturbaba aquella lamparita de vida que se ha apagado. Hoy, sólo tú la tienes: eso es una cosa.

¡Agripina! ¡Agripina!

La van a dejar sin piel como a una cabra en el despostadero, y ella no tendrá vergüenza de quedar como una cabra despellejada porque la vergüenza la tuvimos en la piel. ¡Ya no tiene sexo!

Ya no tiene odio. Ya no ama. Ya deja que todo se estire sobre el hueso. Ya no le importan sus líneas angulosas y perfiladas.

Se le han teñido las orejas como después de la lujuria. La post-lujuria es una muerte pequeña. Así es ello como quedarse quieto, sin pensamiento y sin sentimiento.

Ahora está con los brazos atrás y el pecho alzado y las piernas rígidas. ¡Qué hermosa la línea del cuello combado! El cabello opaco se

riega como una llama. En esa posición muerta está santificando la actitud espasmódica del mundo.

Ahora le han desgarrado el vientre. Ahí hubo un sitio para un hombre, para un nuevo sentimiento; este sitio de él se encuentra vacío para no ocuparse nunca.

Ahora levantan sus brazos y le arquean el cuerpo, cabeza y todo, para que el cabello opaco caiga hacia adelante.

¡Qué pobre guiñapo y qué hediondo!

Esa cosa no fue pariente de nadie. Viniera papá y papá se tataría las narices.

Te quiere, pero hiedes.

Estando muerto como estás deberías preguntar a tu familia, como un cierto Felipe de España, por qué tardan tanto en amortajarte.

29

Cualquiera que lo desee puede asesinar impunemente a un hombre. Ved cómo:

Escoged cautelosamente a la víctima, que debe ser más o menos bien parecida. Rodeadla de atenciones y cuidados, de tal manera que le infundáis confianza. Decidle con frecuencia:

–Oh, qué difícil es encontraros.

–¿Por qué no venís por casa?

–No sé por qué sois tan huraño.

Luego procurad que os visite y presentadle a vuestra hermosa señora.

Querida mía: he aquí a mi mejor amigo. Quiero que seáis como hermanos el uno para el otro.

Y hacedlos que se tiendan las manos un momento. Entonces poneos en guardia, atisbándoos, acariciándoos, mirándoos con sigilo a través de las cerraduras. Y cuando vuestro tiempo haya llegado, abrid violentamente una puerta cualquiera, haced irrupción brusca en

la cámara, gritad:

“Canallas, cobardes”.

Y disparad vuestro revólver acto continuo hasta vaciar toda la carga.

En seguida despeinaos.

En seguida congestionaos.

En seguida desorbitaos y desgarraos las vestiduras.

En seguida volad a la Comisaría de turno y alzando los brazos en la misma forma en que los sapos tienen las patas, confesad:

“Señor Comisario, acabo de matar a mi mujer y a un hombre”.

30

Elementos de la angustia

El señor Alcalde echó a trotar por la callecita empedrada, satisfecho, pequeño, con las manos a la espalda y la barriguita redonda bajo la cadena de oro del reloj.

Pablo Palacio

Y trotó y trotó hasta el fin de la callecita.

Y cuando hubo llegado dejó de trotar, se rasgó una oreja, se levantó el sombrero hasta media testa y echó a mirar la callecita por donde había trotado.

“Je, je. ¡Con el campo a tres pasitos de la ciudad! Je, je”.

El señor Alcalde se metió las manos en los bolsillos y ensayó una pequeña marcha con las piernas tiesas, contoneándose satisfecho.

Entonces tomó asiento a orillas del río, sobre una piedra azul, y se puso a mirar cómo corría el agua hacia el mar.

Y ahí se estaba mirando, hasta que de improviso el corazón le golpeó el pecho con tanta impaciencia que el señor Alcalde se puso todo serio y demudado, y paró el aliento para escuchar...

La niña rubia se arrojó de bruces sobre el mueble rojo. La niña estaba vestida de amarillo.

¿Y por qué soy yo tan desgraciada?, pensaba la niña.

Mas como tenía una pequeña amargura, tuvo que dejarse de pensamientos y doblando las piernas por las corvas se puso a agitarlas en el aire, y arrugaba con las manos los almohadones de raso, y ocultaba la cara en donde más podía, y estaba toda ella convulsionada.

Se le llenaba el pecho de un sentimiento indefinido y grande.

Ya iba a estallar, como una bomba llena de aire.

Ya estalla...

“¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!”.

Y otra vez va a llenarse, para estallar de nuevo...

“Je, je. Con el campo a tres pasitos de la ciudad”.

Aquel muchacho no ha llorado.

Sólo se le pusieron los ojos como de vidrio.

Pablo Palacio

Después se le subió el corazón a la garganta y ahí permaneció se diría anudado. Fijo, persistente.

¡Lo que tiene que ver la garganta con la angustia!

Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba nada. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla. Soy mi enemigo.

Pero ¿qué pasa aquí?, ¿qué pasa?

Recuerda:

“Cielo arriba, cielo abajo, éter arriba, éter abajo. Todo eso arriba, todo eso abajo, tómallo y alégrate”.

Nada.

Agosto,
Septiembre,
Octubre.

Románticas

Hoy he encontrado los hermosos labios de Ana junto a los míos. La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

¿Pero cómo ha sucedido esto? Ana, Ana...

¡Sí! Estaba con su amiga, la mujer esbelta, sólo ella y yo. Entonces vino sin anunciarse Ana. —¿Se puede pasar?

Sí, se podía. Me puse en pie y ella, sorprendida, se quedó mirándome, con su cara de muchachita inocente.

Luego fue donde su amiga y, abrazándola, rompió a llorar.

¡Ana, primer instante de la mañana más amarilla!

Pablo Palacio

Me acerqué a ella, puse su mano derecha en las mías y, azorado, sólo le decía: “Ana, Ana”.

Pero al fin terminó de llorar y se puso a decir cosas, atropellándonos con una historia de accidentes, en la que había una madre desesperada y un caballo desbocado. Hoy sé que no he oído aquella historia.

Su amiga se había escapado sin que usted se diera cuenta.

Se me vino un pensamiento: “Esta Ana es una buena muchacha”.

Entonces ella me miró de improviso, talarándome.

—¿Cree usted que yo sé lo que piensa ahora?

—Sí. Usted no sabe lo que pienso.

—Yo lo sé todo. Yo lo sé todo. ¡Uds.!

Se acercaba tanto a mí que ya conocía todas las líneas de su cuerpecito. “¿Qué es lo que sabe esta chiquilla?”. Una llamarada la enrojecía el rostro.

—Un nuevo pensamiento:

“¿En dónde he visto yo estos ojos?”.

Me turbaba ese pensamiento. Yo había visto alguna vez estos ojos sorprendentes. Cerré los míos: ahora veía adentro sólo sus ojos; luego desaparecieron y veía sólo sus labios. Sus ojos, sus labios, sus ojos.

Me llevé la mano a la frente y aspiré su perfume. ¡Sus cabellos estaban tan cerca de mí!

“Alguna otra vez he aspirado este perfume”.

Punzante y vivo se había detenido; luego fue desplazándose, alejándose lentamente, en una línea que podía yo trazarla. Sus ojos, sus labios, su perfume.

Cuando abrí los ojos, Ana ya no estaba.

La amiga en su lugar.

—Lo ha visto.

—No lo ha visto.

Si lo ha visto. Sólo yo puedo saberlo.

Guardé silencio. ¿Qué era esa angustia velada, qué era esa inquietud, qué era esa pesadumbre? Esa presencia mía dolorosa.

Entonces la comisura izquierda de mí boca empezó a temblar nerviosamente con la pre-

Pablo Palacio

mura desazonada del tic. Hice algo por reír y comencé a hacerlo con la media cara, mientras la otra se estremecía.

Ella lo vio y apuntó hacia mí:

—Allí está tu media risa.

Y tuvo después una gran alegría que la hizo llorar.

No veo a Ana por mucho tiempo y la olvido. Ana es una buena muchacha, pero nada tiene que ver conmigo. Soy un hombre: como, bebo y duermo. Al despertar cada día estoy naciendo nuevamente.

Una mañana, en el Parque Municipal, alguien me llama quedo. Me detengo y busco; no ha sido nada, las hojas. Las hojas han pronunciado mi nombre.

Continúo. Yo soy un hombre bueno que come, bebe, pasea y duerme.

De pronto aquí está Ana. Pero no, no es ella. ¡Vaya cómo me he equivocado! ¿Y la otra? ¿Y la

otra? ¿Y la otra? Sí, aquí está ella. Bien lo sabía yo que estaba aquí.

Tengo miedo. Ana cuchichea algo al oído de sus amigas que la cercan y luego todas me miran, sonriéndose.

Extiende el brazo y me dirige una llamadita con el índice, arqueándolo hacia arriba; yo no contesto, como si no me hubiera apercibido. Pues cambia de posición la mano y vuelve a llamarme arqueando el índice hacia abajo. Entonces tengo que acercarme.

–Usted, Andrés –me dice–, va a respondernos a una pregunta. Verán cómo sí lo sabe.

La miro, esperando. Chiquilla, pero si te has leído un almanaque.

–Diga, Andrés –pregunta–, ¿en qué se parece un buque a un soldado alemán y su familia?

Todas me miran gozosas. Yo pienso y pienso.

Ella anticipa la respuesta.

–En que el buque y el soldado tienen casco.

Me parece demasiado fácil y sonrío.

–Bien, ¿y qué es de la familia?

Pablo Palacio

–La familia está bien; muchas gracias responde Ana.

Se oye un coro de risas. Están burlándose de mí, pero yo también río de buena gana.

Entonces se repite el coro con mayor alegría. Se miran a los ojos, y vuelven a reírse.

–No te lo dije –dice Ana, llorando, a la muchacha de ojos azules.

Ella le hace un guiño y me mira, sin poder contener su risa.

Le pregunto:

–¿Qué le ha dicho? Cuéntemelo.

–Nada, nada –y ríe más.

Me acerco:

–Va a decírmelo. ¿Por qué no?

–No se lo digas, Fanny; no se lo digas –suplica Ana– Cuidado.

Entonces esta Fanny se excita. Me acerco más. Dice Fanny en alta voz:

–Me ha dicho que usted ríe como un potrillo tierno.

En este momento se hace una algarabía y las chicas se cogen las barriguitas. Yo estoy amoscado. No puedo reír; solamente sonrío, con un leve estremecimiento en la mejilla izquierda.

Estas mujercitas están burlándose de mí.

Bueno, ¿y qué pasa? ¿Qué son todas esas payasadas? ¿Y se va a pasar la gente en eso todo el tiempo? Diga, diga. Diga usted qué pasa.

De pronto una de ellas, la más alegre, lanza una exclamación, hace un movimiento extraño con las rodillas, se pone roja y da las espaldas al grupo.

Chiquilla, no deis las espaldas al caballero.

—Ay, la pobrecita se va a resfriar por su culpa dice— una voz.

Por mi culpa. Debiera aprovechar el incidente y tomar la revancha; pero no puedo eso. Me acecha un dolor moral agudo. Soy un hombre de respeto y las chiquillas están perdiendo el tiempo.

Ana, Ana quisiera humillarte; quisiera azo-tarte sin compasión. ¿Por qué, por qué a un

Pablo Palacio

hombre de respeto? Debo irme. Nada tengo que hacer aquí. Pero no; si me voy, ellas quedarán riendo de mí libremente... ¿Y esto qué me importa? ¿Qué me importan estas mujercitas? Decido irme. Digo algo... no sé lo que he dicho... Extiendo la mano.

Y levantan un coro las mujercitas.

—No. Que no se vaya. Que no se vaya, Ana.

Ana. ¿Y por qué Ana? Ella también me lo pide.

—Bueno, bueno. Vamos a ser unas muchachas serias.

Y Ana estira la cara. Reímos y mi risa vuelve a excitarlas.

Al fin me quedo y guardo mi rencor.

Las vigilo de reajo y veo que empiezan a olvidarme.

¡Pero diga usted qué pasa!

Ya se ponen a charlar entre ellas sobre sus cosillas.

Luego me llevan a una casa que tiene muchos salones, y muchas alfombras y espejos, y

yo logro tranquilizarme a cubierto.

Transcurre algún tiempo.

Ana no es Ana. Ana es sus amigas: aquélla del lunar en la barbilla, aquélla de los ojos azules, aquélla de los labios carnosos, y la delgada y la rubia. Ana es su madre, y sus hermanas y sus hermanos “Ana, no digas eso”, “Ana, la falda”, “Ana, esa uña”, “Ana, las manos”.

Estoy empequeñecido, triste y con los zapatos empolvados. Ahora se han inventado un juego en el que me obligan a tomar parte y para el cual se necesita mucho ingenio. Pero yo no tengo ingenio y soy un hombre huraño.

El tiempo se va, sin que pueda apreciarlo. No estoy aquí.

Pero Ana se acerca y entonces me siento crecer, reconfortado. Quiere hacerme ver unos cachivaches, unos tiestos antiguos, alguna cosa. Me encorvo, bajo mucho la cabeza para mirar bien y agradecerle así su pequeña atención. Ella también hace lo mismo. ¡Y he aquí que tengo su aliento junto al mío, y sus cabellos llegan a tomar contacto conmigo, y vuelvo a aspi-

Pablo Palacio

rar ese perfume que tenía yo en mi recuerdo!
Me estremezco.

Pienso así encorvado, sin moverme; “Su madre, sus hermanas, sus hermanos, las mujercitas, ¿qué es lo que van a decir?”.

Pero Ana tampoco se mueve, y no pronuncio una sola palabra porque tengo miedo de que esto sea como de vidrio y quiero estar así, engrandecido, todo el tiempo que se va sin que pueda yo apreciarlo.

He olvidado decir que en casa de Ana encontré a un Mr. John Smith, made in USA., y que este Mr. John Smith es un caballero de Ohio y muy simpático.

Apenas me vio se vino hacia mí lleno de júbilo y me dirigió una palabra:

—Oiga usted, *gentleman*: ¿puede usted hacerme la bondad de decirme en qué se parece un buque de los Estados Unidos de Norte América con un soldado alemán y con su familia?

Pud'nhead Babbit.

Le dije bajito:

–Pues en que el buque y usted tienen cascos.

Entonces Mr. John Smith de Ohio me ha sonreído queriendo ponerme en complicidad, me ha dicho que yo lo sabía todo y ha ido luego a preguntar lo mismo a cada una de las mujercitas.

Yo tengo aquí dentro un rencor.

Un día he encontrado a Ana y he hecho como si no la hubiera visto. Otro día ha sido ella quien ha hecho como si no me hubiera visto. Pero, ella, ¿por qué ella? ¿Qué razón tiene ella?

Entonces esa misma noche –yo soy un hombre que come, bebe, pasea y duerme– voy por su casa. Camino de aquí para allá. Me detengo. Vuelvo a caminar. ¡Ah! Ahí está una luz. Me quedo mirando esta luz.

Mr. John Smith de Ohio, que es un caba-

Pablo Palacio

llero muy simpático, aparece en el extremo de la callecita. De uno de los jardines de la orilla arranca una flor y entra en la casa.

Yo no puedo entrar en esta casa, ni puedo entrar en otra. ¿Qué hace un hombre en una casa que no es la suya? Se pone a decir cosas estúpidas. Además, no puedo entrar.

Tras la ventana iluminada pasa alguien. Un momento. Vuelve a pasar en sentido contrario. Otro momento. La luz se apaga.

Tengo miedo de las tinieblas. ¿Cómo puede uno dejarse engullir y cegar por las tinieblas? Mira: yo cierta vez tuve una madre; pero esta madre se me perdió de vista sin anunciármelo. Entonces he tenido esta sensación: que en el lugar se habían hecho las tinieblas y que mi madre estaba allí, en lo negro, buscándome a tientas; pero no estaba, calla!

Se va el tiempo sin que vuelva a iluminarse esa ventana.

Luego camino lentamente en busca de mi cubo.

Lo encuentro hosco y solo.

No estoy aquí; he caído de nuevo en este hueco de la ausencia. ¡Cada vez la sensación de ausencia! Estoy como desintegrado: me parece que partes de mí mismo residen lejos de lo mío, en algún sito desconocido y helado. Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar a tientas por todos los límites del cubo, dominado por dos impulsos contradictorios: la esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca.

Ana, te odio.

He particularizado esta sensación de esperanza y terror. Es a un ser vivo a quien busco aquí, en las tinieblas. La idea de encontrarlo me hace correr el frío de espanto y batir el corazón de alegría.

Su sitio está aquí. No ¡no está aquí!

Estás hecho un estúpido, Andrés. Es a Ana a quien buscas. ¿Por qué, si no, el día que hablas

Pablo Palacio

con ella se te prolonga dentro de la noche y ya no andas a tientas como un alucinado? ¿Y por qué cuando no hablas con ella haces el bobalicón dramático y el desesperado?

¡No! Yo no busco a Ana. Tengo vergüenza de buscarla.

Andrés, borriquillo.

Tiempo.

La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

Ay, la corona de flores olorosas. Ay, niña, niña.

Conmigo... no, con otro. Yo no he estado ahí, con Ana. He sido un simple espectador. Lo he visto todo, aun yo mismo me he visto, y he reído a más no poder de todo, porque eso era tan deliciosamente cómico, amiguito.

Bueno, ¿y por qué me meto yo en estas gansadas?

¡Oh!

—Señor Jefe Político, a usted, carajo —como bien lo dice su señoría misma—, a usted, sí, señor, ¡carajo!, lo tienen allí sólo para alcahuete.

Ahora estoy lleno; está llena mi alma de tu amor, señora mía.

Ya no tendremos que buscarnos otra vez porque ¿para qué, ya, encontrarse? Ya no te levantará llamaradas mi presencia, pues hoy somos nada más que compañeros.

¿Pero por qué te has colocado en lo mío? ¿por qué me vigilas? ¿por qué observas mis actos?

Yo no soy yo. Soy lo que tú quieras. “Andrés, el sombrero”, “Andrés, el humo”, “Andrés, mi vida”.

No importa, Ana: te perdono. Aquí está tu aliento y ya sabes que tu aliento lo llena todo.

Por eso yo también estoy lleno, con la tranquilidad del mueble fino que tiene todas sus superficies lisas y sus juntas cabales, justas

Pablo Palacio

y completas.

¿Ves, ves que yo me he comparado con un mueble fino?

Ana, te amo.

14

¡Protesto! Protesto violentamente contra la sospecha de que yo quiera cometer un asesinato. Esa es una sospecha vil.

Yo no digo que sea un hombre bueno: “no hay quien haga lo bueno, no hay ni aún uno” pero yo no soy un hombre malo. Yo no he querido el mal a nadie.

Doy limosna a los pobres y vivo en paz con el vecino. ¿Por qué, entonces, iba yo a cometer un asesinato? ¡Es de oírlo!

Se lo voy a decir a Ana este momento mismo.

—Ana, Anita...

Pero, ¿por qué me mete usted en estas ganzadas? ¿Cómo ibas a estar allí, Ana, tú, a quien amo?

30

Ahora la ciudad, después del campo, parece una cosa decente, limpia y clara. El campo era tierra en grande, con viento. Primero, tierra pelada y amarilla y pequeños arbustos tristes; segundo, tierra alfombrada y verde, verde y sólo verde; tercero, montañas azules y viento desatado.

Ana quiso salir de la ciudad. Ella no podía ver a sus amigas así tan pronto después de lo ocurrido. Las amigas de una señorita ocupan las tres cuartas partes del área total de la vida de esa señorita.

Bueno, para que sus amigas no la vean así tan pronto después de lo ocurrido tomamos el tren, ya a orillas de la mañana, y por un pedacito de ventanilla anotamos cómo esta cosa grande de negra se hace lechosa; de lechosa, amoratada; de amoratada, azul y de azul, gris: gris sucio, de gasa sucia, “Mira, mira”, “Pero fíjate”. “Ay, qué bonito”. “Ahí, al otro lado”.

Después dos horas grises. Después un sol de papel.

Pablo Palacio

Estamos cerca de los nevados y comenzamos a tiritar...

Ana está contenta de tiritar. Claro, ésta es una cosa nueva.

En la ciudad casi nunca tiritamos; aquí, fácilmente estamos tiritando, aquí, sobre el gusano del tren. “Pero mira, mira”. Este no es un frío vulgar; es el frío de la nieve que está cerca, a veinte pasos del tren. ¿Hueles? Esta nieve tiene un olor especial que no puede conseguirse en la ciudad. ¿Sientes cómo corta el aire? Parece que tiene navajitas.

Después un poco de silencio. Sólo el tren hace talalac, talalac... Siempre hace lo mismo el tren en estas alturas y no le preocupan cosa alguna las navajitas.

Silencio. Silencio.

En esta cordillera interminable la tristeza le coge a uno por la garganta.

Empieza la garúa, finísima; las ventanillas se opacan de alientos; los pasajeros esconden la cabeza entre los hombros y se acurrucan como

viejecitos. Talalac, talalac...

Tiempo.

¡Pero si estoy con Ana! ¡Cómo, si estoy con Ana! Busco refugio donde ella, aproximándome y oprimiéndola. Ya las sombras se echan a lo largo del campo, sobre la grama húmeda; ya el sol es una cosilla que entibia y alegra; ya se puede salir a dar una pequeña vuelta y admirar a lo lejos la nieve brillante. Ves, no estuviéramos así tan alegres si antes no hubiera hecho tanto frío.

Y si no hubiéramos resuelto salir de paseo al campo, ay, Ana.

Ahora estoy alegre. Quiero gritarlo a todos: ¡estoy alegre! Y que goce la mujercita de mi alegría.

Hemos cambiado de vehículos y estamos solos: el gusano, jadeante, se alejó con los hombres sobre sus espaldas hacia el sur. Nosotros corremos a todo motor para el Oriente, batiendo la carretera lisa con el sonido isócrono de las bandas en los molinos.

Pablo Palacio

Adelante, adelante.

Respira aquí, que estás conociendo la tierra. Nadie la ha sospechado todavía. Se hincha, se aplana, se sube a alturas inverosímiles, hace quingos, se ahueca, llora, vomita piedras. Y después de todo da manzanas, uvas, caña de azúcar, trigo.

Tiempo. Adelante.

Un pueblecito.

Aquí también yace una cruz olvidada sobre la que han puesto gozosamente INRI.

Otro pueblecito.

Los Ejidos de estos pueblos, de un verde absoluto, los han tajeado con canales y a la orilla de los canales las lavanderas están pegando parches bien recortaditos y de todos los colores.

¡Oh!

Al fondo de este puente, el río. Mira, ¡qué negra la roca y qué profunda la cinta blanca y delgada del agua!

Hemos llegado.

¿Ahora, qué vamos a hacer aquí, Ana?

Aquí hay una piscina en donde nuestros cuerpos se han arrancado y han flotado y han luchado por ir el uno tras el otro. Aquí hemos hecho inverosímiles evoluciones de acróbatas, el uno en acecho del otro. Aquí te he besado y te he amado, Ana. ¿Recuerdas? En esta piscina, duplicadas nuestras imágenes, ¡cuántas veces hemos descendido en busca de ellas y cuántas veces hemos regresado descorazonados! ¿Dónde estaba entonces el mundo que nada de él llegaba a nosotros? Hemos podido aquí destruirlo y borrarlo, pero afuera estaba, persistente, esperándonos.

Ana, no te ilusiones. El campo sólo era tierra grande, con viento. Nosotros, americanos, no hemos podido conocerlo ni amarlo. ¿Recuerdas cómo era de noche esa cosa grande, callada, oscura e impenetrable? Tengo miedo del campo; el límite, el límite es lo mío. Sólo aquí, dentro de estas cuatro paredes, somos tú Ana y yo Andrés: allá éramos unos gusanillos.

Diálogo y ventana

¿Qué es lo que veo, qué es lo que puedo ver desde esta ventanita?

–Veo un muro gris, un serio muro gris en el que el sol viene a pegarse como una estampilla la mitad del año, como una araña achatada, como una pasta amarilla que a la tarde se envuelve apergaminada hacia arriba. Veo también una pequeña ventana y en ella una cabeza enmarañada, sin peinarse y sin cuerpo, desnivelada al filo de una batiente abierta, con la mirada puesta lejos como hacia adentro.

–¿Y qué es lo que tiene esta cabeza?

–Nada.

–¿Qué más veo, qué más puedo ver desde esta ventanita?

–Veo alguna vez un hombre recóndito, alguna vez un hombre alegre, alguna vez un hombre simplemente.

–¿Qué es lo que quieren estos tres hombres?

–Nada.

- ¿Y qué más, y qué más veo?
–Atrás, el atardecer...
–¡Calla! ¿Y qué más, y qué más?
– Bueno...
–¿Y qué más, y qué más?
–¡Nada, pues, vaya!

Otro día

Alguien me pide el vaso de noche.
Pegados los ojos, hipnotizado, extendiendo un
brazo que no es mío y cojo las tinieblas.
Lo entrego.
Pasa un siglo.
¡Agua! Aquí en mi oreja; un torrente que se
desborda, precipitando sus espumas cálidas.
¡Socorro! ¡Me ahogo!
...Ay, Ana, ¿por qué me pides el vaso de no-
che? Verdad es que tú eres mi mujer y yo soy tu
hombre; pero mira...

Pablo Palacio

No, no pases por encima de mí. No me toques. ¿Qué derecho tienes para tocarme? Mi piel es mía. Somos extraños el uno al otro y de repente estás tú aquí, atisbándome, violando mi intimidad, turbándome.

Tus ojos los tengo en todas partes. Sobre mis espaldas, sobre mis manos, sobre mis cabellos, en mi pensamiento. ¿Qué quieres aquí? Ya sabes todo lo mío; conoces mis calzoncillos, Ana.

Pero no te alejes. Anda, acércate que me haces falta. ¿Por qué te enojas? Orgullosa, caprichosa, estúpida. ¡Acércate!

Voy a llorar, me has lastimado.

Sí, yo te amo, Ana. Yo te amo entrañablemente; pero no encuentro comodidad en este cubo: es muy estrecho de mi lado y muy ancho del otro, y también es demasiado ancho de mi lado y demasiado estrecho del otro, y está sucio, oscuro, podrido.

¡PO-DRII-DOO!

La rebelión del bosque

Aquí estoy colgado en el bosque, en uno de estos hermosos bosques de la ciudad, cercados, amurallados y enrejados como las cárceles. Mano geométrica del nombre, que tantas cosas buenas hace, con líneas tan bonitas y tan bien medidas. Hemos dicho aquí: hágase el verde, y el verde ha sido hecho y hemos trazado una línea para el verde; entonces hemos puesto el dedo en medio de lo creado y levantándolo bruscamente hemos dejado allí un árbol barbudo, lleno de hongos y de parásitos blanquecinos como escaras lavadas. Y más acá hemos hecho otro garabato, y más allá hemos puesto otro garabato.

Hombre, amor, geometría, árbol, garabato.

Hace frío, aquí colgado.

Corta el aire, aquí colgado.

Aquí estoy a la sombra, enrejado dentro de la ciudad como mono de circo. Aquí la línea, más allá la línea; sólo pudiera poner el pie dentro de esta veredita.

Pablo Palacio

—¡A tierra! ¡Tenderse!

Échate, ciudadano; échate de bruces, como has oído solían hacerlo los hombres de guerra bajo el vuelo de las granadas. Que nadie te vea ni te oiga, pues me ha parecido escuchar en este momento que comienzan a levantarse las voces del bosque.

Silencio.

Ya viene creciendo una voz desde el murmullo.

CORO DE LOS ALTOS PINOS: Ay —patalean los altos pinos—, aquí nos tenéis de pie año tras año, hambrientos, octogenarios e inútiles, destinados a morir en este pobre jardinillo, cuando bien pudiéramos servir con ventaja en el transporte de mercaderías y en mil industrias, útiles al progreso del siglo. ¡Protestamos en nombre de la libertad!

LA GRAMA A LOS ESCARABAJOS: ¿Lo han oído? Esto es un jardinillo, no un barranco.
CORO DE LOS CIPRESES RECORTADOS: Protestamos contra todas las mutilaciones y los prejuicios. El hombre nos echa encima su

tristeza todos los días. Nosotros somos un palo alegre y nos gusta el fandango.

LAS MUCHACHAS A SUS NOVIOS: ¡Ay, el tango!

CORO DE LOS CEDROS LEPROSOS: Nosotros no somos monas pintadas de *garçonniere* ni fetiches de degenerados. Nosotros hemos hecho el Gran Templo de Salomón y otros templos. Este no es nuestro sitio: ¡rebelémosnos!

LOS PINOS: Eso, eso; podemos servir para el transporte de velas.

CORO DE LAS MUSANSETAS ESTÉRILES: En vela estamos mucho tiempo ha en espera del hijo, ¿y contra quién hemos de rebelarnos?

LAS MUJERES A SUS AMANTES: ¡El hijo ha dicho! Levántense y vayan a buscarnos unas comadronas.

CORO DE LAS MAGNOLIAS MAMOIDES: ¿Eh? ¿Que contra quién? Pues, contra el hombre. Nos tiene bajo su dominio y para

Pablo Palacio

su servicio. Se ha levantado con el estanco de nuestra libertad. ¡Rebelémonos!

CORO DE LOS CEREZOS RELAMIDOS: ¿Contra el hombre? Propongo la revolución a sangre y fuego. Que no haya perdón para uno solo. Todos son mojigatos y felones. ¡A sangre y fuego!

LOS CIPRESES ENANOS: No tenemos armas, señores. Nos encontramos desgraciadamente desprevenidos.

LAS PALMERAS: Que callen, que callen los cobardes. ¡Viva la revolución a sangre y fuego! ¡Abajo el hombre!

EL BOSQUE: ¡Abajo!

LOS PINOS: Señores, un momento. Un momento, señores. ¿No es verdad que estáis desvirtuando el verdadero sentido del movimiento? Esta no es, no debe ser una revolución contra el hombre (murmillos del bosque); ¡ésta es una revolución contra el árbol! (parálisis del bosque). ¿Qué sacaríamos, en efecto de destruir al hombre, si no por eso vamos a destruir nuestra condición de esclavos? Es preciso

visar y revisar los conceptos a fin de no caer en conclusiones equivocadas. ¿En dónde está la raíz del mal? ¿Por qué estamos aquí? Estamos aquí en calidad de árboles. Destruid esta calidad y habréis renovado vuestra condición de seres libres. Nuestro tirano es el árbol. Duro con él, compañeros. Yo sirvo para el transporte económico de mercancías. ¡Abajo el árbol!

CORO DE LOS PARÁSITOS: No es verdad eso, compañeros: os están engañando miserablemente. Es el hombre vuestro enemigo. No les prestéis oído. ¡No les prestéis oído! ¡Abajo el hombre!

LOS PINOS: No tienen derecho para hablar los camaradas parásitos. Su palabra es sospechosa. ¡Tomadlo bien en cuenta y aplastad a los sinvergüenzas!

LAS PALMERAS: ¡Eso! Estos caballeros hablaron la verdad. Su concepción es profunda y llena de seso. ¡Y lo vemos claro! Oídllo bien: el árbol es nuestro único enemigo. A quien debemos hacer la revolución a sangre y fuego, es al árbol. Lo demás, pamplinas. Acompañadnos,

Pablo Palacio

camaradas: ¡Abajo el árbol!

LOS PINOS, dueños de la situación: ¡Abajo la tiranía! ¡Abajo el árbol!

EL BOSQUE: ¡Abajoo!

El viento se retuerce entre los árboles. Todo el bosque eriza sus garrotes musgosos.

LA GRAMA, A UNA MARGARITA OCA-SIONAL Y DESCARRIADA: ¡Agáchate! ¡Es-cóndete aquí! Espera que la tormenta pase. Los elementos están locos.

Amor: Universo

Bello, muy bello es el amor, amiguito.

La oreja, sensible como una lámina metálica, como nervio vivo y descubierto, como pecho de niño presto al llanto; aguda como un hilo en el aire; cercana a todo, como viento en el campo, aliento en la boca.

Vida del ahorcado

El ojo, ágil como relámpago, estrella fugitiva; tajante como el látigo; extenso, extenso, extenso.

El tacto, fino como la ruta del vuelo, doloroso como puntas de fuego, hormigueo del miedo.

Aquí, colgado en el bosque.

El mundo va haciendo el tiempo: su corteza se arruga como piel de elefante: sobre la piel, gusanillos y gusanillos.

Los gusanillos van haciendo el tiempo: es su espíritu el que se encoge como una uva que se seca.

Amor, odio, risa.

He perdido la medida: ya no soy un hombre: soy un muerto.

Viaje final

Junto a este cubo mío, el otro, sólo un delgado tabique de por medio. En ese cubo vivía mi amigo y este era el más dulce amigo.

Todos los días nos decíamos:

—¿Cómo has amanecido? Buenos días.

—Hola, buenos días. ¿Cómo has amanecido?

Y nos dábamos palmaditas en las espaldas y sacábamos a los ojos nuestra alegría de camaradas que son dulces amigos.

Nos hemos comunicado nuestros grandes planes y el hambre a los dos juntos nos ha devorado. El mismo ojo agudo, la misma oreja fina.

Luego, ya entrada la noche como una vez amanecido:

—Hasta mañana, Bernardo. Pásalo bien.

—Sueña con los angelitos, Andrés; hasta mañana.

—¿Por qué, entonces, ahora, Bernardo, dulce

amigo mío, en vez de hacer la despedida de costumbre has tenido la indiscreción de comunicarme tu próxima muerte y tu deseo de no ser interrumpido?

—Sí, Andrés, adiós. Voy a coger una pulmonía.

—Adiós, Bernardo. Ya sabes que yo lo siento inmensamente.

Y has tomado sitio en tu pequeño cubo asegurando tu soledad por dentro, estirándote de espaldas, esperando.

Yo he pasado toda la noche en vela, la oreja pegada al tabique, arrodillado de este otro lado de tu lecho.

Primero todo era tranquilo, como en el más tranquilo sueño.

Después tosías, ¡cómo tosías, amigo Bernardo!

Cúju, cúju. Cúju, cúju. Cúju, cúju.

Ahora te agitas, ahora cruje el lecho. Te levantas, ¿te levantas, amigo Bernardo?...

Agua, agua. Te pasa el agua a grandes golpes por la garganta, como la fuga atropellada

Pablo Palacio

de una represa a través de un tubo demasiado estrecho.

Luego te tranquilizas. Ya estás bien así.

Una hora, otra hora.

Me vence el sueño y caigo dormido por un minuto, sólo por un minuto, que yo he pasado toda la noche en vela.

Ahora viene el sobresalto.

Estás muriéndote, Bernardo. Oigo tus quejidos bajitos pero desgarradores. Tus gemidos...

Tus gemidos y tus gemidos, ay, ¿hasta cuándo? Nosotros éramos los más dulces amigos ¡y yo de aquí no puedo moverme para auxiliarte o por lo menos para verte ahí cerca!

Bernardo, me has ayudado a matar el tiempo. ¿Qué hubiera sido de mí solo en las horas calladas? Bernardo, me siguen como la sombra tus ojos azules, en medio de lo negro, sin pestañear, dulces, cordero degollado.

Ya aparece, al lado del gemido, un ronquido como de fuelle que quiere aire.

“Ay... ggoro-gorr” ... “Ay... ggoro-gorr”.

Después ya no hay gemido. Sólo ese ansioso tirar del aire desesperadamente, cada vez más fuerte y más fuerte, llenando todo el cubo con el sonoro escándalo que levantas por no dejarlo. Lo odias y lo amas.

¿Lo amas, Bernardo?

“Ggorro gorr... Ggorro gorr”.

Se hincha el fuelle de tu garganta, ya no hablarás otra vez conmigo.

Ya el ronquido se debilita. Cada vez más bajo, más bajo, más bajo... Ya sólo es un aliento. Ya no es ni un aliento. Ya es nada.

Silencio.

¡Bernardo! ¡Bernardo!

Golpeo el tabique...

Silencio.

¡Bernardo, el cuello era demasiado estrecho y vas a poner cara de ahorcado! ¡Quítatelo!

Silencio.

¡Ay, ya ha muerto mi amigo Bernardo, mi más dulce amigo!

Mentirosa traición

“Amarilis:

Tú eres la única mujer a quien amo. Tú estás aquí dentro de mi pensamiento a toda hora. Tu recuerdo es un volumen que está constantemente deteniéndolo todo para ser lo único o es un perfume penetrante que tiene todas las afinidades y que se escurre y vuela y se introduce en los más escondidos reductos y anega cada uno de mis sentimientos.

Amarilis, chiquita Amarilis, me dices que estás inquieta y nerviosa por... ¡Oh! no te preocupes por lo otro. Ya sabes que yo no te he mentado nunca. De tan bonitos, ningún *míster* palettero, como tú dices, hubiera podido hacer iguales tus ojos, ni hay confite igual al de tus besos más pequeñitos, ni seda más suave y delicada que...

Ya sabes, como de costumbre, ahí mismo.

Perdóname, fue imposible el domingo.

Tuyo,
Andrés”.

Se me cae esta carta del bolsillo. Se me cae para Ana. La he de martirizar, porque me hace daño.

Esta Ana duerme mucho, come mucho y se mete en mi pellejo. Por donde me muevo están allí sus ojos abiertos. ¿Qué quiere aquí esta Ana?

Ya se sabe todo lo mío. Ya ha estirado las piernecitas hasta mi talla. Ya tiene mi nariz. Ya tiene mis pestañas ralas y mis manos gruesas. Ya somos iguales.

Puaf, Ana.

Un hombre recapacita

Ahora bien: ¿qué es lo que hago yo aquí?...

¡Eh! ¡Vecino de la derecha! ¡Vecino de la izquierda! ¡Vecino del frente! ¿Qué hacéis vosotros ahí?...

Os gusta comer, pasear y dormir. Tenéis muy buen gusto, compatriotas.

Os gusta el cinematógrafo y las historias con amor. Buen gusto tenéis, amables compatriotas.

Os gusta poner os a pujar hora tras hora, como sobre bacines, de dos en dos, frente a un honesto tablero de ajedrez. Inapreciables compatriotas, vuestro gusto es incontestablemente exquisito.

También os gustan vuestros hermosos chicos emporcados y vuestra alegre señora de ojos de gato y vuestras vacaciones fuera de casa, con naranjas coloradas en el parque. Compatriotas

involuntarios: no discordamos un solo punto cuando se trata de placeres domésticos.

¿Pero qué hacéis vosotros ahí?

Os place llenar vuestro estómago tres o cuatro veces al día. ¡Coméis tres o cuatro veces al día, compatriotas!

Os place también desocuparlo una vez al día. ¡Sólo una vez al día desocupáis vuestro estómago, amables compatriotas!

Os place tomaros un vinillo en la tarde del sábado para calentaros el magín y devolver algo más de la comida con que os habéis hastiado. ¡Pero os quedáis con mucha más comida, inapreciables compatriotas!

También os place echar sostenidos paliques sobre los negocios de Estado y sentaros por largas horas con unos papelitos mosqueados ante los ojos, para educar vuestra gran inteligencia. ¡Ay, cómo perdéis inútilmente el tiempo, lamentables compatriotas!

¿Pero qué hacéis vosotros ahí? Estáis hipando sobre vuestra irremediable tristeza. ¡Levan-

Pablo Palacio

tad el ánimo, compatriota!

Estáis insultando a la encantadora mamá de los chicos. ¡Sucia! ¡Cochina! ¡Estúpida! ¡Animal! ¡Suspended mis facultades auditivas, serenísimos compatriotas!

Estáis riéndoos como descosidos, compatriotas mojigatos...

¡Eso! ¡Eso! Yo soy, hermano vuestro, un muerto mojigato.

Sueños

Estoy en un gran teatro lleno de gente.

Al mismo tiempo estoy de pie sobre un pequeño muro, decorado de nopales carnudos, atormentados, babosos y espinosos.

Frente a este muro hay una casa humilde. De ahí vienen dos mujeres ataviadas para ir al teatro.

Entre el muro y la casa corre un pequeño arroyo sobre una superficie fangosa; para salvar este arroyo debe pasar por un estrecho puen-

te, de un solo tronco de madera groseramente cuadrado.

Esas mujeres tienen intenciones contradictorias. La más bella no quiere ir y la otra, su hermana, la incita secretamente. Para no ir debe emporcar su vestido en el arroyo.

Se odian un instante y yo lo sé todo sin que nadie hable porque soy un hombre que sueña.

Ya está la más bella sobre el estrecho puente.

“Me echo al fango”, anuncia sin pronunciar una palabra.

“No te echas”, responde en igual forma la otra.

Entonces la primera se encoge sobre el tronco, separa mucho las rodillas abriendo las piernas para tomar impulso, se me escapa el placer y se echa al fondo de cabeza.

Admirado, espero verla detenerse sobre el lodo del arroyo; pero no, esa mujer no se detiene. Rápidamente se hunde en el fango profundo y desaparece, y se hunde, y se hunde.

En el pecho se me apaga un rugido desespe-

Pablo Palacio

rado. No puedo moverme del muro. Me paraliza el miedo. Yo tengo que salvar a esta mujer hundida; pero no puedo, miedo.

.....

Y después me voy al teatro.

¡Ya está aquí mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo!

¡Gentes de ese lado del mundo, sabed que me ha nacido un hijo! Ay, pobre Ana, tú no sabes que hemos tenido un hijo.

Ven acá, cosilla mía, cosilla mía gelatinosa y amoratada; ven acá, entre mis manos.

Alárgate, ínflate, crece como el viento en un solo instante. Ve a gritar la verdad en la oreja misma de los hombres, con el mugido de los toros embravecidos: esta verdad encerrada en ti. Ve a ensordecernos, a encogerlos, a asombrarlos.

Ay, cosilla gelatinosa, no llores, no grites; pareces así un juguete de goma.

Voy a instruirte por un momento en las cosas

de acá. En silencio, en voz baja. ¡Que no nos oigan, calla!

Mira, cosilla, aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada. La nada es algo inmenso... no. La nada es nada que nunca termina... no. ¡No puedes entender lo que es la nada! No hay uno que la entienda. Ni falta hace.

Pero mira: sobre esa bombilla transeúnte vivimos momentáneamente millones y millones de seres movedizos y tenebrosos. Seres y pelotita toman el nombre de creación. El hombre es el rey de la creación.

Ser es lo que come, odia y ama. Millón es un invento de lo que come. Rey lo que más come y más odia y más ama.

El rey no puede vivir solo; necesita para sustentarse de otros reyes. Y cantidades de estos reyes han pintado sobre la pelota de la tierra

Pablo Palacio

figuritas arbitrarias dentro de las cuales se agitan, se revuelcan y gozan como en lo suyo. Los que han nacido dentro de una figurita no son de igual calidad que los que nacieron en otra, porque cada cual tiene sus ataduras. Según en dónde, se llaman rusos, polacos, alemanes, suecos. Los unos tienen atado el hocico, los otros las garras, los otros la cola.

Si el rey de hocico atado pone la mano sobre el rey de cola atada, todos sus congéneres se levantan y destrozan los unos a los otros.

¡Oh, mira cómo se ha hecho de improviso la noche!

Los hombres, para ser verdaderos reyes, necesitan hacerse fuertes con fusiles y bayonetas. Aquéllos que continuamente están hechos fuertes toman el nombre de soldados.

Una vez los soldados marcharon para el Oriente, en medio de la selva. Y marcharon hasta encontrarse con un límite en donde había otros soldados de diversa atadura. Entonces los primeros saludaron a los segundos, que eran más numerosos, y en secreto se dijeron:

“El enemigo tiene galletas y nosotros no tenemos galletas”.

Y después de meditarlo torvamente, se dirigieron de nuevo la palabra:

“¡Hay que quitárselas!”.

Luego se echaron a tierra y se acercaron silenciosamente como gusanos. Y cuando estuvieron los otros a su alcance dispararon a una sus fusiles y aprovechando el desorden se trajeron enseguida las galletas.

Pero transcurrido cierto tiempo, los soldados enemigos tomaron cuenta de la pérdida y reaccionaron:

–“¡Debemos rescatar las galletas!”.

Regresaron, avanzando sobre sus barrigas.

De nuevo al alcance, rompieron fuego y gloriosamente obtuvieron el rescate.

Y aquí se echaron las cuentas: los primeros estaban en número de noventa y habían muerto sesenta. Morir es dejar de comer, de odiar y de amar. Un combate en el que se produce el treinta por ciento de bajas se llama ya un com-

Pablo Palacio

bate heroico y los que mueren en un combate así toman el nombre de héroes.

Entonces los congéneres de los soldados muertos enaltecieron su memoria y les llamaron patriotas heroicos. Patria es tierra con reyes.

Tú, cosilla mía, llegarás a ser un patriota heroico, ¡o por lo menos! ¡un patriota! Escucha, escucha: esto es lo fundamental. Serás un comerciante patriota, un juez patriota, un ladrón patriota, un artista patriota.

Tienes que odiar todas las demás ataduras.

Y esto es nada: aguarda...

¿Pero qué es eso? No entiendes ni una sola palabra, no has podido escucharme una sola. Lo único que haces es llorar y gritar con esa angustia de animalucho abandonado. ¡Para qué voy a decirte otras cosas de acá, hijo mío!

Mas está bien así. Como nada entiendes, solo pareces una cosa.

Je, je.

Ven acá entre mis manos, que voy a concederte una gracia. Más estrecho, más estrecho aún...

Vida del ahorcado

–Andrés...

–Andrés...

–¿Qué haces, Andrés...?

–¿Eh? Yo... Yo... ¿Eh?

¡Pero mirad, mirad, gentes, cómo se ha hecho bruscamente el día!

Canto a la esperanza

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es la esperanza!

Hay que desatar al hombre. Hay que desapasionar al hombre. Que se extienda a todo lo ancho, como el relámpago.

He huido del cubo y he caminado sin rumbo lejos de la ciudad, por el campo abierto, hasta dejarme envolver por la noche negra.

Todo era la noche negra: el campo y el cielo, las dos cosas juntas, sin límites, sin rutas.

Yo he estado ahí, en medio de la noche, los ojos abiertos sin ver y el oído atento, oprimida mi alma.

Yo he buscado ahí mi camino sin encontrarlo.

Pero no me he dejado coger por la impaciencia y al cabo se encendió la gran lámpara, de tal manera que estoy aquí de nuevo, hombre. Cáspita, cáspita.

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es la esperanza!

Orden, disciplina, moralidad

Llaman usualmente a la puerta; usualmente, con los antiguos nudillos de la mano.

Abro... son los señores agentes del orden público. Me quedo mirándolos, desorbitado.

Uno de ellos abre la boca:

—¿Usted es?

—Sí, señor agente. Soy yo.

—¡Ahá! Por disposición de la autoridad competente, usted señor, está detenido.

—¿Detenido?... Muy... muy bien, señor agente. A su mandar.

Y sigo a los señores agentes del orden. Un ciudadano patriota debes ser obediente y respetuoso. ¡Disciplina, disciplina, amables compatriotas! Disciplina es la base de la prosperidad.

Fuera hay muchos grupos de ciudadanos que discuten de cuerpo entero. Cuando aparezco en la calle, todos me miran y se quedan en silencio. Después, estos grupos van exaltándose,

Pablo Palacio

a medida que paso frente a cada uno de ellos y se vienen caminando en procesión, en el mismo sentido que nosotros.

Los señores agentes y yo entramos en un carro cerrado, sin vidrios.

Oigo gritos:

—¡A pie!

—¡A pie!

Parte el carro.

Transcurre algún tiempo y bajamos. Una gran puerta se abre y se cierra luego tras nosotros. Atravesamos un largo corredor oscuro. Ahora a mis espaldas se cierra otra puerta.

¡Orden, disciplina, moralidad! Pero nada veo aquí, entusiastas compatriotas.

Este es un hueco negro, hediondo a tierra. Avanzo, con los brazos extendidos hacia adelante, hasta encontrar un muro, y recorro los límites de este hueco, palpando la tierra.

Un jergón. Me estiro sobre él, de espaldas.

Arriba, muy arriba, a una distancia inconmesurable parece haber una ventanilla. Miro fija-

mente en esa dirección, hasta llorar, en busca de ella...

...Días, días, muchos días...

Sí, había una ventanilla. El sol la ha encontrado ya y regularmente viene a colarse a través de ella en el hueco.

Fue así de repente como supe que en este hueco había algo extraordinario. Salté en pie para verlo. Arriba, en medio de lo negro, estaba pintada una línea clara y brillante. Ay, qué bonita esta línea clara.

Después la línea fue ensanchándose, abriéndose, ¡perfumándose!, hasta hacerse una hermosa figura de geometría, un trapecio simétrico. Luego el trapecio fue descendiendo lentamente a lo largo de unas dos horas, tomó la forma de un cuadrado perfecto, descendió más y más, casi hasta la altura de mi cabeza y, por último, allí fijo, empezó a achicarse muy despacio hasta ser de nuevo una línea y después nada.

Transcurre mucho tiempo negro y otra vez sucede lo mismo. Otra y otra vez, de arriba a

Pablo Palacio

abajo, en las mismas horas lentas.

Ya conozco de memoria aquella ruta clara. Baja cavando las tinieblas y mi espíritu. Estoy mirándola, mirándola fijamente, cuando está y cuando no está.

...Días, días, muchos días...

¡Orden y disciplina, compatriotas, inestimables compatriotas!

Audiencia

El gran murmullo de la muchedumbre me oprime, me envuelve y me acosa, mientras los señores agentes del orden tienen la gentileza de abrirme camino a codazos. Por ahí paso como una persona de nota, agradeciendo el porte cumplido de estos caballeros inexplicables.

¡Andrés, cómo te miran!

Del cerco humano ha salido una uña y me ha rasgado violentamente la epidermis del cuello: una mano ha tirado de mis vestidos, entre

el gran murmullo. Me he detenido, he mirado hacia el cerco, desafiante, y todos los hombres han retrocedido miedosos, dejando un vacío cóncavo.

Luego continuó erguido, caminando entre las barreras.

Entramos los señores agentes y yo, en un vasto local atestado de ciudadanos ansiosos, que alargan los cuellos hacia mí, produciendo un zumbido de abejas. Ciudadanos aplastados, ciudadanos estirados, ciudadanos abombados y amontonados como sardinas.

Allá, al fondo, se sientan a una mesa larga cinco grandes hombres. Ante ellos, como en cuclillas, a una mesa baja y pequeña, un hombre que no se ve que sea un grande hombre. A la derecha, otro hombre; a la izquierda, otro. Atrás, más hombres; en ruedo, más hombres. Hombres y hombres.

Yo avanzo hasta el centro de todo. Me hacen sentar ahí.

Bueno, ¿y qué es lo que les pasa a estos estúpidos?

Pablo Palacio

El hombre del medio de la mesa larga da un campanillazo y declara al cielo, con una voz de armonio:

–Señores: queda instalada la audiencia.

–Queda instalada –repite el que no se ve que sea un grande hombre.

Después, el de la derecha, jura no sé qué, haciendo una figuritas con los dedos. Después el de la izquierda se pone en pie, carraspea y dice a los de la mesa larga:

–Señor Presidente del Tribunal, señores jueces... –y a la muchedumbre también le dice:

–Señores...

La muchedumbre bambolea. Tiene misteriosos escozores; se rasca en masa, se agita. Tose. Mira fijamente con sus 8.458 ojos congelados.

Hola, hola, ¿estás ahí, compañero Tixi? ¿Eres tú, compatriota Alejandro? Hola, Honorables Instituciones, ¡todas vosotras aquí representadas! “Universidad”, “Tenderos”, “Prestamistas”, “Amantes”, “Trabajadores sin pan” y más, y más. Oh, ¿pero es que se trata de una fiesta deporti-

va que habéis traído aquí vuestras banderitas? Tal vez vais a batirlas como en los campeonatos de las universidades inglesas. Vaya, ¡qué cosa más interesante! Hola, hola, ¡tú aquí, mi dulce amigo Bernardo! ¡Bienatendino, Bienatendina! ¡Usted, señorita de los nopales!

–Atención, señores –truen la voz del caballero del centro de la mesa larga. Agita su campanilla.

El zumbido de la masa se apaga, como una onda perdida del radio.

–Señores –repite a gritos el hombre en pie–: No creo que los Anales del Crimen de este pacífico y progresista país registren un caso de delincuencia igual al que nos tiene aquí congregados en demanda de justicia. La sociedad escandalizada, como un solo hombre ha venido a pedir castigo ejemplarizador contra el culpable. Tiembla la palabra en los labios y la lengua humana se resiste a pronunciar su nombre y a narrar el hecho nefando que lo retiene ahí, en el banquillo de los acusados, frente a la muda y conmovedora protesta de todo un pueblo honrado, cuyas fibras más íntimas han venido a es-

Pablo Palacio

tremecerse con el desarrollo de los sucesos por todos los aquí presentes conocidos...

—¡Bravoo!

Hola, hola, este hombrecillo va a exaltarse.

—Aquí lo tenéis: sí, señores, aquí lo tenéis. Con la cabeza en alto, sonriente, como si nada tuviera que ver con sus horrendos desmanes, demostrando una vez más la frialdad de su corazón de hiena... Peor que hiena, señores, porque habéis de saber que este animal terrible no abriga en su pecho si quiera el amor por sus tiernos hijos. Este monstruo, no. Sí, aquí lo tenéis: Farinango, Andrés Farinango, ¡el filicida!

Los señores agentes del orden me obligan a tomar asiento. Me dan un palo en el espinazo.

La muchedumbre levanta su voz de oleaje; se va contra las paredes, contra el techo; se abate; vuelve a levantarse; azota a la misma muchedumbre, que agita sus manos de ahogado. Se viene hacia mí y me envuelve y arrastra.

¿Pero qué pasa aquí? ¿Yo soy yo, Andrés? ¿Estoy yo aquí, Andrés? ¿Es una muchedum-

bre esta muchedumbre? ¿Y es un hombre este hombrecillo? ¿Eh?

Ahora las palabras están lejanas, entrecortadas por rugidos y zumbidos. El hombrecillo habla y habla como una máquina. Me llega algo a intervalos.

—...su confesión explícita... la aterradora reconstrucción... pruebas... folio 345... folio 348... folio 420... folio 800... folio 1.001, 1.002... folio... folio... Y sus antecedentes que por sí solos... una mujer santa... amigo de la infancia... sin compasión... máximo de la pena...

Una gritería formidable me sacude. Puedo incorporarme y ver... Ya está callado ahí, riéndose con sus vecinos. ¡Les da la mano, eh! ¡Ah, canalla!

—Atención, señores. Silencio: va a hablar el abogado defensor.

El hombrecillo de la derecha se pone en pie. Está amarillo.

—Señor Presidente del Honorable Tribunal,

Pablo Palacio

señores jueces... –al populacho:

–Señores: En el caso que nos ocupa, serenísimos jueces, es necesario que no nos dejemos arrastrar por la pasión desmedida y que, en primer lugar... analicemos las características del delincuente... que en el presente caso se trata de una comprobación indiscutida... irresponsable a todas luces según las disposiciones del Código Penal... Sabios Jurisconsultos y distinguidos estudiantes de la Universidad aquí presentes convendrán conmigo en que, como se ha demostrado ya plenamente, sólo existe delito en cuanto concurren los tres elementos que el genial Carrara fijó con tanta precisión y sabiduría. Ya sabemos que en este caso nos falta el más importante de ellos, el discernimiento, y que por tanto no hay delito en manera alguna... El acusado debe ser absuelto...

Le interrumpe la muchedumbre:

–¡Que se calle!;¡Que se calle!

–¡Que calle el vendido!

–¡No vale!

–¡Que calle el brutoo!

–¡Pagado! ¡Pagado!

–¡Que calle!

El hombre del medio de la mesa da un campanillazo.

–Silencio, señores; va a interrumpirse la audiencia si continúa esto así.

Una voz:

–El pueblo tiene derecho.

Un coro:

–Sí, sí; el pueblo tiene derecho. Nadie puede impedirnoslo.

Los señores agentes del orden se agitan y alzan sus palos; pero, en realidad, no pueden impedirlo.

–La justicia es nuestra: ustedes son simples administradores. El pueblo ha venido aquí para hablar: ¡Que se conceda la palabra al pueblo!

–¡Queremos hablar! ¡Queremos hablar! ¡Que se nos conceda la palabra!

–Señores: esto no es posible. Esto es desusa-

Pablo Palacio

do en los Tribunales. Aquí solo tienen derecho a hablar los abogados y los jueces.

–¡Es un abuso! ¡Es un fraude!

–¡El pueblo tiene derecho! ¡Quiere defender su justicia!

–¡EL PUEBLO! ¡EL PUEBLO!

–¡Abajo el tribunal!

–Un momento, señores: un momento.

El señor Presidente echa a hablar en voz baja con sus acompañantes de la mesa larga. Unos curiosos, situados atrás, alargan el cuello e introducen su oreja en la conversación. Después todos se ponen contentos y sueltan unas carcajaditas.

El Presidente, agitando la campanilla:

–Bien. Tiene la palabra el pueblo.

–¡Bravo! ¡Bravo!

Aplausos.

El abogado defensor:

–¡Protesto, señor, en nombre de la ley! ¡Esto es una batahola!

Una voz:

–Oye, mamarracho: ¿y de quién es la ley?
¿Es tuya la ley?

El abogado se pone más amarillo y de todas partes se levanta una risa estruendosa. Oleajes, gritos, estremecimientos. Caras congestionadas.

El Presidente:

–Atención, señores. ¡Silencio!

Se suspende el escándalo. En el fondo se incorpora un hombre, tose, escupe en el pañuelo y abre la boca:

–Señor Presidente, señores jueces, señores –para sus vecinos–: Muy inmerecidamente me ha correspondido el honor de representar en este acto trascendental a mis queridos compañeros de la Universidad. La Universidad, alma mater de la conciencia nacional; la Universidad, crisol purísimo en donde se funden los anhelos y las aspiraciones jóvenes; la universidad, reducto vigoroso del pensamiento y reservorio efectivo de fuerzas espirituales que afluirán a la

Pablo Palacio

corriente abrumadora del progreso; la Universidad, luz que alumbra las tinieblas tenebrosas de la ignorancia; la Universidad...

—¡Apure! ¡Apure!

—...la Universidad, digo, no podía permanecer indiferente y aislada en momentos como éste de reacción en favor del orden y la paz; en momentos de purificación e higienización de los estratos sociales, que desgraciadamente, por ley ineluctable de la vida, abrigan en sus entrañas parásitos venenosos que tienden a propagar su ponzoña, con perjuicio de la armónica estabilidad social y del verdadero progreso.

La Universidad...

—¡Apure! ¡Apure!

—La Universidad, ejem... La Universidad ha traído aquí su voz acusadora contra el hombre que sólo por afortunada coincidencia debe ser calificado de parricida, de asesino de su propio hijo; pero que guarda en su repertorio de crímenes hechos monstruosos y cobardes que escapan a la clasificación legal y que en justicia debieran valerle su eliminación social. Cruel-

dad, impavidez, cinismo, antisociabilidad, desviación instintiva de los pocos tesoros anímicos del hombre, atrevimiento y tantos y tantos abusos que aquí mismo serán detallados, le colocan al margen de la bondad y del respeto que debemos a nuestros semejantes. Atrevimiento, señores, atrevimiento desmedido... ¿y quién es él? Yo quisiera saber quién es él... ¡Que se nos lo diga!

Coro:

–Sí, sí; ¡Que se nos diga! ¡Que diga quién es él!

–¡Que diga! ¡Que diga!

Pausa.

El Presidente:

–Acusado: el pueblo quiere que se responda a esta pregunta: ¿quién es usted?

–¿Y para qué lo quiere?

–¡Que responda! ¡Que responda!

–Diga usted, acusado: ¿Quién es usted?

–...¿Yo?... Pues bien: yo soy un ahorcado.

Pablo Palacio

–¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Una voz:

–¿Lo han oído? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Es un ahorcado! Entonces deberíamos ahorcarlo nuevamente. Claro, ya está ahorcado., ¿y qué? ¡Que se lo ahorque! ¡Propongo que se lo ahorque!

Coro:

–Sí, sí. ¡Que se lo ahorque!

–¡Que se lo ahorque!

El abogado defensor:

–Señor Presidente: Esto es una pantomima ¿o qué es? ¿Quién puede entender esta audiencia ridícula?

El Presidente:

–Llamo al orden al señor defensor. Debe saber que se encuentra ante el Tribunal del Crimen en Audiencia. ¡Esta es la verdad! Por lo demás: ¿hay tal vez una objeción de su parte?

El defensor:

–Pero, señores del Tribunal, ¿cómo es posible que legalmente pueda darse oídos a una

proposición de esa naturaleza? ¿Existe acaso la pena de la horca entre nosotros? Pido que se lean las disposiciones del Código. No existe: esto es un abuso.

—¡No importa!

—¡Lo pide el pueblo!

—Sí, no importa! ¡El acusado está fuera de la ley!

—Esto es. Pido la palabra, señor Presidente.

—La tiene. Señor Delegado de la Universidad.

—Señor Presidente: Inútilmente, el distinguido abogado de la defensa pretende tomar amparo en disposiciones legales que no pueden aplicarse al caso que molesta la atención del Tribunal. En efecto, aún los neófitos de las ciencias públicas y sociales saben ya que el mecanismo político descansa sólidamente en un sistema de mutuas contraprestaciones, en el que el ciudadano es un elemento respetuoso y afecto al organismo total y la sociedad, en cambio, un supraelemento de garantía que

Pablo Palacio

mantiene el correcto desenvolverse de las actividades individuales, sin rozamiento y en orden perfecto. Pero suprimamos por un momento la prestación lógica de respeto y adhesión por parte del ciudadano al organismo, coloquémoslo en un punto antagónico al fin social, y este ciudadano habrá perdido todo derecho al reclamo de garantía, se habrá colocado fuera de la ley. La sociedad solo protege a los suyos.

En el presente caso, debemos pues concluir, sin vacilaciones, que la ley no protege al ciudadano Andrés Farinango y que en consecuencia, el Juez, interpretando la voluntad del pueblo, debe aplicar el más eficaz y ejemplarizador método de supresión y defensa.

–¡Sublime! ¡Sublime!

–Pocas palabras más, señor Presidente: Quiero desvirtuar en su totalidad la especie vertida por el distinguido abogado de la defensa, quien, al comenzar su exposición, que afortunadamente fue interrumpida, aseguró que no se trataba en este caso de un verdadero delito, pues, según el ilustre Carrara, para

que él exista es necesario la concurrencia de tres elementos, uno de los cuales, el discernimiento, ha estado ausente de Farinango en el momento del hecho... ¿Pero en qué época estamos, señor Presidente? La Ciencia Penal ha cambiado fundamentalmente desde los años en que el inteligentísimo abogado defensor hizo sus brillantes cursos en la Universidad. No nos guiamos ya, señor Presidente, por el criterio absurdo de la responsabilidad, a la cual el señor abogado quiere referirse; ahora existe un nuevo y maravilloso guía del penalista moderno, y éste, a todos títulos infalible, es la temibilidad. ¡Cuidado con el hombre temible, aunque nunca haya puesto sus manos en el vecino! Echadle pronto el guante. Esto es clarísimo, lógico, lo sabe todo el mundo, no necesita explicación. La sociedad debe defenderse. ¿En qué quedamos pues, señor Presidente?

—¡Sublime! ¡Perfecto!

—¡Viva! ¡Viva!

Aplausos frenéticos.

—Muchas gracias, señores.

Pablo Palacio

El abogado defensor:

—Pero, señor Presidente: en este país no hemos reformado el Código. Rigen las leyes de 1875.

—¡Miente! ¡Nos acusa! ¡Abajo! ¡Hemos reformado el Código!

—¡Abajoo!

El abogado defensor cae anonadado. Suda.

La muchedumbre da alaridos. ¿Ya ha caído, por fin ha caído? ¡Era un monigote!

¿Pero qué le pasa en realidad a este monigote?

—¡Señor!... ¡Señor!

—¡Un momento! Tiene la palabra el acusado.

Silencio completo. Una mosca viene a posarse en mi nariz. La echo. Regresa.

—Señor... Quería manifestar solamente al Honorable Tribunal que se trata de una lamentable equivocación. La respetable sociedad se ha dejado impresionar muy fácilmente... Eso del asesinato ha sido sólo un sueño... y, verdaderamente, no hay más Código que el de 1875.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Qué gracioso es!

—¡Qué cínico es!

—¿Lo han oído? ¡Un sueño!

—¡Ja, ja, Ja, ja!

—¡Que se lo ahorque!

—¡Que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

—¡Es un bolchevique!

Los trabajadores sin pan:

—¡Protestamos! Es un burgués, y de la peor clase. Es el último burgués. Ya va a descomponerse. Está irremisiblemente perdido. El bolchevique es un hombre alegre y sabe amar la vida porque la toma como ella es, jubilosamente. Es un burgués, ¡que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

—¡Que se lo ahorque!, pero es un bolchevique. No ha amado a su patria y ha conspirado secretamente contra el orden. Ha insultado a la Autoridad y no ha respetado sus mandatos.

Pablo Palacio

Ha hecho mofa de nuestro arte.

Los trabajadores:

–Están en babia los señores burgueses.

Los amantes:

–Bueno, al fin ¿qué importa eso? Un bolchevique o un burgués, ¡psch! Ante todo ha sido un ente despreciable. Tenía un concepto errado de la vida. Más bien, no tenía un concepto de la vida. ¡Es un imbécil!

La señorita de los nopales:

–Y un cobarde esencial.

Mi amigo Bernardo, Bienatendino, Biantendina: –Y un impostor cruel.

Coro:

–¡Que se lo ahorque!

–¡Que se lo ahorque!

–Basta, basta, señores –dice el hombre del centro de la mesa larga, dando campanillazos desesperados–. Vamos a dar por terminada la audiencia. El Tribunal se retirará para sentencia.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Los cinco hombres se retiran en hilera. Les abren camino los ciudadanos al paso. Después todos se quedan riendo y estirando los puños hacia el centro del local.

Estoy ausente. ¡No estoy aquí! ¡No estoy aquí!

Una corta pausa y aparecen de nuevo los cinco hombres. Toman asiento en sus sillas.

El hombrecillo que no se ve que sea un grande hombre tiene un papel entre las manos.

Silencio absoluto: se oyen los alientos, se oyen las miradas ansiosas.

Lee con voz de lego; lee, lee...

“... en nombre de la República y por Autoridad de la Ley, se condena...”

¡Eh, oído mío!

La muchedumbre gira, se arremolina, da alaridos de placer. Los gritos, grandes tapones de algodón, me llenan las orejas.

Todo se nubla y oscurece.

Pablo Palacio

Una espesa muselina negra está deslizándose sobre los grandes tablados, como si la noche se echara a poseer este paisaje humano de ojos y uñas.

Yo voy a pensarlo detenidamente.

Ahorcado, señor intendente

Comenzó a sabérselo en la tarde, apenas pasada la hora de la siesta.

–Se ha suicidado un hombre.

–Han asesinado a un hombre.

–Han encontrado a un hombre ahorcado.

–¿Ahorcado?

–¡Ahorcado! ¡Qué bruto!

–Ahorcado con un cordel.

–Ahorcado con una corbata.

–Ahorcado con un alambre.

–¡Un ahorcado!

–¡Un ahorcado!

Entonces llegó a saberlo también la Oficina de Seguridad y envió al jefe de Demarcación, acompañado por detectives y hombres de armas.

–Aquí es.

–Sí, aquí es.

Las culatas de los rifles castigaron la puerta cerrada y luego la descerrajaron apresuradamente.

En realidad, ahí estaba el hombre ahorcado. Ahorcado con un alambre, en el centro de su viejo cubo, colgante como una lámpara.

Y su excelencia el jefe de Demarcación redactó para el señor Intendente, acto continuo, el siguiente comunicado:

“Señor Intendente:

De conformidad con las órdenes recibidas de usted, el día de hoy, a las cuatro de la tarde, me constituí en el sitio de costumbre, con veinte hombres de mi mando, para averiguar el resultado del asunto que de algún tiempo acá ha venido preocupando a esta Dependencia.

Como nadie diera respuesta a nuestras llamadas, abrimos la puerta a golpes. El hombre estaba ahorcado”.

Ahora bien:

Esta historia pasa de aquí a su comienzo, en la primera mañana de mayo; sigue a través de estas mismas páginas, y cuando llega de nuevo aquí, de nuevo empieza allá...

Tal era su iluminado alucinamiento.

Un hombre muerto a punapiés de Pablo Palacio
fue editado bajo el número uno en la **COLECCIÓN**

Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en noviembre de 2013
con un tiraje de 25 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT
Ligth 12 puntos.

COLECCIÓN
Literatura *Y* Justicia

- **Diario de un Médico Loco**
Leonidas Andreiev
- **Un Hombre Muerto a Puntapiés**
Pablo Palacio

Escuela de la Función Judicial

Av. La Coruña N26 -92 y San Ignacio
Edif. Austria, 3er piso

COLECCIÓN

Literatura *X* Justicia

Vincular los aspectos que subyacen en la condición humana con las normas y sanciones que la rigen.

La expiación y la culpa, la equidad y la solidaridad como la prueba más alta del concepto de justicia.

Doce títulos de autores de la literatura universal y del Ecuador

Cada mes distribuidos con El Telégrafo

El cuento escrito por Pablo Palacio en 1926 nos sigue interpelando en 2013: ¿han cambiado sustancialmente las cosas en los últimos 87 años? ¿A pesar de los avances que se han logrado en la integración en la sociedad de homosexuales, lesbianas y personas de otras orientaciones sexuales, no seguimos mirándolos con el mismo temor y prejuicio que llevaron a Octavio Ramírez a su muerte salvaje?

ISBN 978-9942-07-487-4



9 789942 074874